

SOLEANDO EN EL RÍO DE LA VIDA

TESTIMONIO DE LAS MUJERES
DEL GEOPARQUE DE GRANADA



CRÉDITOS

Coordinación: Maribel Díez Jiménez

Texto: María Isabel Díez Jiménez, Ana María Gómez Román,
María Encarnación. Cambil Hernández

Producción: OROZCO Gestión & Comunicación

Foto de la cubierta: María Viñas Valverde

Edita: Asociación de Mujeres por una cultura también en femenino Matria

Depósito Legal: GR 1902-2022

Todos los derechos están reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain. Impreso en España

ÍNDICE

• Presentación	4
• Introducción	6
• El acceso al agua potable: Aljibes, pozos, fuentes y caños	9
- Los pozos en los espacios públicos y privados	11
- Ir a por agua a los caños, fuentes y aljibes	13
- Las aguadoras	23
• Las lavanderas: Oficio y tarea doméstica	29
- Algunos apuntes históricos de este oficio en el territorio	30
- Las lavanderas profesionales del siglo XX	33
- De los procesos y condiciones de lavado de la ropa	38
- Sororidad y aprendizaje del oficio y "tarea"	43
• Lugares de lavado hasta los años 70	49
- "Un ojillo de jabón"	54
- Dificultades, condiciones adversas y "usos indebidos"	59
• Los lavaderos municipales, el previo a lavar en casa	67
• Otros usos y vínculos con el agua	75
• La llegada del agua potable a los hogares. "La gran revolución"	81
• A modo de conclusión	88
• Agradecimientos	92
• Anexos	93
- Representación teatral	93
- Imágenes de la ruta "Soleando en el río de la vida"	95
- Bibliografía	96

PRESENTACIÓN

Cuando en 2021 nos constituimos como ***Matria. Asociación de mujeres por una cultura también en femenino***, entendíamos que nuestro ámbito de acción iba a ser, por una parte, rescatar la historia y los testimonios de las distintas actividades de las mujeres en un territorio concreto como es el de Guadix, su comarca y, en general, el del Geoparque de Granada. Por otra parte, nuestra pretensión sería la de darle la mayor difusión posible para que fuese conocida¹. Una vez planteados los objetivos principales como asociación, consideramos que había que valorar el papel silenciado que ellas, las féminas, habían tenido a lo largo de la historia en este ámbito territorial y, sobre todo, dar a conocer las actividades domésticas, productivas -asalariadas o no-, artísticas o de promoción laboral de nuestras mujeres y que apenas habían sido reconocidas ni valoradas hasta ahora. Por ello, el primer proyecto que surgió de esta iniciativa fue la reivindicación de una actividad femenina muy concreta que el tiempo había ocultado y minimizado, como era el proceso de lavado de la ropa y todo lo que ello conllevaba, así como la importancia de la recogida y uso del agua. Esta iniciativa dio su primer fruto el día de la presentación de nuestra Asociación que tuvo lugar en Guadix, el viernes 8 de octubre de 2021. Dicho acto estuvo acompañado con un recorrido por la ciudad en el que se testimonió la relación histórica del agua con la vida de algunas de nuestras mujeres a través de un relato obtenido de su recuerdo y sus vivencias. Se concibió, además, esta actividad para dar a conocer el patrimonio material e inmaterial de Guadix y su comarca. La actividad se denominó "Ruta del agua. Soleando en el río de la vida" en la que, a través de un recorrido por diferentes escenarios de la ciudad accitana -fuentes, caños, acequias...- no sólo se destacaron los espacios urbanos más significativos relacionados con el tema, y las relaciones sociales que estos generaron, sino que se contó con el testimonio directo de un grupo de mujeres que relataron cómo había sido el desempeño en su vida de esta laboriosa actividad. Esta ruta se completó con una breve escena teatral en la que intervinieron mujeres accitanas, que se adaptó para la ocasión

¹ Matria. Asociación de mujeres por una cultura también en femenino fue constituida el 8 de marzo de 2021 por: Isabel Cambil Campaña, Nani Cambil Hernández, Claudia Cifuentes Martínez, Maribel Diez Jiménez, Mari Paz Expósito, Ana María Gómez Román, Carmen Hernández Montalbán, Josefina Martos Huertas, Pilar Molero García, Marta Pedraza Pardo, Marisa Ruiz López, Suselen Sánchez Salmerón, Sara Torre Pérez y María Viñas Valverde.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

teniendo como fuente un documento histórico judicial del siglo XIX*, junto con una exposición fotográfica ideada exprofeso para la actividad*. Paralelamente, se ha elaborado una guía didáctica en torno a este contenido y que está en proceso de ejecutarse en los centros educativos del territorio objeto de nuestro trabajo.

Además las compañeras implicadas en el proyecto, compartimos tareas de diseño, trabajo de campo, investigación, etc. Tras comprobar el enorme valor de los testimonios de las mujeres recogidos en las entrevistas realizadas por las componentes de la Asociación y de las protagonistas que ese día nos acompañaron, decidimos volcar dicha información, junto con otra de carácter histórico, en la presente publicación. En consecuencia, pretendemos iniciar un relato acerca del mundo silenciado de las mujeres, con la idea de que futuras investigaciones permitan que nos adentremos, no sólo en el conocimiento de la historia de los distintos oficios domésticos y productivos de las mujeres sino en dar un paso más: abordar otras problemáticas relacionadas con la vida y la existencia de estas, dentro de un territorio tan particular como es el del Geoparque de Granada, así como de las consecuencias que las relaciones de género y sexo han tenido, y tienen, dentro de nuestra comunidad y entorno.²

Matria. Asociación de mujeres por una cultura también en femenino

² Isabel Cambil Campaña, María Encarnación Cambil Hernández, Claudia Cifuentes Martínez, Maribel Díez Jiménez, Ana María Gómez Román, Carmen Hernández Montalbán, Josefina Martos Huertas, Marta Pedraza Pardo, Marisa Ruiz Ruiz, Suselen Sánchez Salmerón, Sara Torre Pérez y María Viñas Valverde.

*Autora: Carmen Hernández Montalbán. *Autora: María Viñas Valverde

INTRODUCCIÓN

El trabajo que presentamos parte de la voluntad de reconocimiento por parte de las integrantes de la *Asociación Matria* de las actividades y tareas que nuestras mujeres mayores han desempeñado con el agua, así como su uso doméstico. Una distinción que, de partida, se ha visto superada, como suele ocurrir, al advertir en el transcurso de nuestra investigación la importancia que esta cuestión ha tenido en la vida de nuestras mujeres. Lo que originariamente pretendíamos, adentrarnos básicamente en el conocimiento del lavado de la ropa como una actividad laboral y doméstica sin reconocimiento ni remuneración alguna, ha resultado más complejo y enriquecedor de lo previsto inicialmente. Esto ha sido gracias a los datos testimoniales aportados por un significativo grupo de mujeres quienes, amable y generosamente, nos han cedido su recuerdo de una tarea que, en general, no fue nada placentera.

También habría que considerar las ventajas que supuso la llegada del agua potable a los diferentes hogares, y cómo facilitó las tareas que, hasta el momento, eran labores completamente tediosas por su carácter rutinario y repetitivo. Así pues, vamos a partir del periodo previo a este proceso de cambios tecnológicos con el fin de disponer de elementos suficientes que nos permitan valorar las dificultades por las que atravesaron aquellas que tuvieron que enfrentarse a esta forma de vida y lo que ello acarreó en términos humanos, económicos y sociales.

Al hilo de lo anterior, debemos hacernos la siguiente pregunta: ¿por qué debemos reflexionar acerca del vínculo de las mujeres y el agua? La respuesta estaría en querer desterrar la tendencia simplificadora y reduccionista con la que se ha definido esta relación ignorando la diversidad de actividades y métodos de trabajo que han sido llevados a cabo por las mujeres a lo largo de la historia. Si hablamos de agua, lo hacemos de naturaleza, de economía, bienestar de las personas, simbología o espiritualidad. Las mujeres, al verse obligadas a asumir la dirección de los trabajos domésticos, debían conocer elementos fundamentales a la hora de realizar sus tareas como corrientes, caudales, salubridad, tecnologías diversas, aspectos físicos, e incluso químicos, o saberes atmosféricos. ¿Nos imaginamos, por ejemplo, a ciudadanas romanas de Julia Gemella Acci pagando o promocionando canalizaciones, o termas...? ¿Visibilizamos a propietarias de molinos hidráulicos o accitanas rurales vendiendo arrobas de agua de una

acequia del Marquesado? ¿Recogen los archivos documentación histórica de cómo las mujeres han sido las responsables de proveer el agua de los hogares, del acarreo para los animales domésticos, albañilería, la alfarería o para la asistencia a los partos, o el lavado de la lana para su hilado..., y así una amplia y variada gama de usos del agua en el que las niñas, mujeres jóvenes y no tanto, han gestionado? Con esta ausencia de información y la necesidad de una investigación profunda sobre ello, se pone de manifiesto el menosprecio con el que tanto el imaginario colectivo como el patriarcado han valorado las relaciones y funciones de las mujeres con el agua.

Con nuestra propuesta pretendemos contribuir a la recuperación del patrimonio material e inmaterial vinculado a este elemento esencial desde la feminidad, y, además, desde aspectos de la vida cotidiana y del gran grupo poblacional que forman las mujeres del común. Detrás de las características constructivas e histórico artísticas de los innumerables bienes patrimoniales hay una fuerza de trabajo, usos, hábitos y experiencias de muchas mujeres que han hecho uso de los mismos y dan sentido a dichos bienes patrimoniales –fuentes, acequias, lavaderos, pozos, pilas, lebrillos, barreños, tablas de madera, jabón, cántaras, cantareras, aguaderas, botijos...- y que establecieron en base a ellos unas relaciones laborales, sociales y emocionales que llegaron a configurar auténticas comunidades de resistencias.

Reivindicamos, al hilo de lo expuesto, el reconocimiento del tiempo invertido por casi la mitad de la población mundial en los trabajos de atención, domésticos y de producción. Reconocemos el esfuerzo, que hasta hace muy poco en algunas zonas y aún a día de hoy en otras desarrollan millones de mujeres y niñas para obtener agua potable para sus hogares. Pero la atención a este problema queremos hacerla desde un ámbito muy concreto como es nuestra comarca, conscientes de las analogías y extrapolaciones que se dan en esta zona con otros territorios y períodos³.

³Es importante advertir que en los PIB de la inmensa mayoría de países la renta producida por las mujeres en los trabajos de mantenimiento y cuidado de las familias no ha sido valorado ni contabilizado.

En el transcurso de nuestro trabajo, han sido fundamentales los testimonios y fuentes que han arrojado luz sobre este particular tema. En primer lugar, las fuentes que, principalmente hemos utilizado son las orales, puesto que tenemos el privilegio de contar con unas generaciones de mujeres que han vivido en una época determinada, décadas de los cincuenta a los setenta, en las que tuvieron que sufrir las consecuencias de la falta de tecnología y su aplicabilidad en el uso del agua, prestándonos su memoria viva como alternativa a la escasez documental sobre este asunto. Somos plenamente conscientes del riesgo inherente de las fuentes orales⁴, aun así las consideramos de gran valor no sólo por su carácter antropológico, sino también por el histórico, es decir, el relato de los hechos. Que no sean unívocas no significa que no sean ciertas, aunque esto nos obliga a leer los testimonios como lo que son: vivencias personales que, en ocasiones, alcanzan la categoría de norma. En menor medida, se ha dispuesto de algunas referencias documentales, así como de material gráfico que, en este caso, tienen la particularidad, además de ser escasos, de reforzar el contenido de los testimonios recopilados y de plasmar visualmente cómo eran las condiciones de estas actividades. Si bien la mayoría de las imágenes aportadas no son inéditas, se ha considerado oportuno recopilarlas y publicarlas por el valor testimonial de las mismas.

En consecuencia, todas las componentes de la *Asociación Matria* queremos desde aquí mostrar nuestra gratitud a aquellas mujeres que generosamente nos han prestado su memoria y que, al hacerlo, se han visto en la tesitura de volver a vivir, a través del recuerdo, unos episodios que no fueron ni gratos ni placenteros. Precisamente por ello, nuestra más sincera consideración.

⁴Debemos ser cautelosas con la univocidad incluso, en las declaraciones de una misma persona: a lo largo de sus vidas viven en diferentes domicilios, con condiciones materiales diferenciadas y su memoria va seleccionando, olvidando unos momentos y ensalzando otros. Al ser entrevistadas se vuelve a filtrar y a priorizar: La experiencia de las mujeres con el agua, además de ser muy diversa va a depender de cada momento vital, estacional, con quien comparte las actividades de trabajo (o de ocio)...

EL ACCESO AL AGUA POTABLE: ALJIBES, POZOS, FUENTES Y CAÑOS

Antes de la llegada del agua potable y corriente a los hogares, la mayoría de las familias debían salir al exterior para hacer uso y acopio de la misma tanto para beber como cocinar, asearse, limpiar, trasegar para los animales domésticos... La excepcionalidad la marcaban aquellas viviendas que disponían de pozos, aunque no siempre era señal de estatus social, puesto que aquellas familias que pudieron hicieron de estos un elemento fundamental de uso doméstico. En el caso de Guadix, así lo comprobamos tanto en residencias del casco urbano como en la zona de las cuevas. La diferencia estaba en disponer o no de motor eléctrico para su extracción. Esto sí era un privilegio.

En el caso de los aljibes, constatamos que es un tipo de elemento que tendrá una mayor significación dentro del territorio Geoparque, en aquellas poblaciones rurales o alejadas de los núcleos de mayor población. El acopio del agua de lluvia, a través de estas estructuras, garantizaba a los residentes aledaños al mismo el uso de tan preciado líquido para su subsistencia a lo largo de los meses del año. A este respecto, merece la pena recordar que, hasta fecha no muy tardía, estuvieron en uso los que existían en el llamado Aljibe Quebrado, núcleo de población de casas-cuevas perteneciente al término municipal de Guadix, llamado así por ser la estructura arquitectónica que dominaba al mismo. Incluso, antes de llegar a este lugar, encontramos los restos de un antiguo pozo con abrevadero y un estanque para almacenar agua para los riegos veraniegos. Virtudes Peláez Moya y Antonia Triviño Yeste son vecinas que pasaron su niñez y juventud en Aljibe Quebrado y recuerdan a este respecto:

Que llueve, pues se recoge el agua en el aljibe, que no, se va a por ella a los pozos más cercanos y con los burros, como al pozo de Santiago en el cortijo Los Barrigas –por donde hoy están las lechugas en la carretera de Gor– y para lavar, uno de los sitios dónde íbamos es al Molino de la Tía María Cruz –en el río de Gor a la derecha del cortijo Cerrillo–, pasando por el cortijo de los Barrigas, entre otros. En invierno teníamos más abundancia de agua y íbamos a lavar a otros cortijos más cercanos, como el Rojo que tenían sus balsas. Nos poníamos de acuerdo con otras y solíamos ir en cuadrillas.

En la fachada de la casa-cueva de Antonia T. Y. se ubicaba de todo: una excavación para el almacenamiento del agua –aljibe–, otra para el palomar, otra

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



Aljibe, Cortijo Conejo. Foto: Maribel Díez, 2022.



Aljibe, Cortijo Becerra. Foto: Maribel Díez, 2022.

para el gasoil de los tractores y otra, de mayor tamaño, para guardar el tractor y utensilios del campo, además de la vivienda. Muchos de estos usos en cueva quedaban ocultos a los ojos de los simples caminantes o desconocedores de estos hábitats excavados.



Aljibe Quebrado. Aljibes, piqueras y chimeneas constituyen un paisaje humano único y singular donde la mano de la mujer se hace presente en la conservación, incluso, recolección del grano, elaboración de alimentos y, en especial, en todos los usos del agua. Foto: Maribel Díez, 2022.

En este territorio tan concreto es, además, habitual que se produzcan grandes inundaciones en época de lluvia. Al ser zonas rurales y, sobre todo, con parajes áridos o semiáridos, normalmente no se accedía con facilidad al agua, por lo que fueron fundamentales este tipo de depósitos para recoger las aguas pluviales de

la superficie al que llegan canalizaciones abiertas, a veces, de gran longitud. Por ello, ha sido un elemento clave para el suministro de agua como constatamos en los cortijos de Becerra y Conejo, ubicados en Monte público, pero dentro del término de Guadix y en las proximidades de Gor y Hernán Valle⁵.

Existen otros ejemplos en los que estas estructuras tienen también un valor histórico y patrimonial, aunque, de momento, no se ha estudiado el papel que, en su día, desempeñaron las mujeres en su uso. Por ejemplo, en la villa de Cogollos se emplaza un aljibe medieval que actualmente es considerado como un elemento patrimonial de referencia en esta localidad, por presentar una sola nave cubierta de una bóveda de cañón. En la comarca bastetana, sobresalen los aljibes de Cuevas del Campo, característicos por su origen medieval⁶. En la propia Baza, incluso en Guadix, los aljibes desempeñaron un importante papel en el transcurso de la Guerra de Granada, tal y como apunta Lafuente Alcántara: "Echábanse a retaguardia Guadix, Baza, Segura, Huéscar, Purchena fortalecidas con sólidos muros, provistas de víveres y con aljibes rellenos para las eventualidades de un largo asedio"⁷.

Los pozos en los espacios públicos y privados

Tradicionalmente, el espacio urbano de Guadix estaba plagado de pozos, unos privados, otros públicos o comunitarios y los semipúblicos, cuya gestión dependía de su titularidad con un abanico de condiciones contractuales no escritas –arrendamiento, trueque, cuota o gratis-. La dación gratuita de agua, por parte de algunas vecinas propietarias de pozos, es recordada con gratitud, especialmente, por lo que significaba como ahorro de trabajo, tiempo y esfuerzo. Es un gesto que hoy día puede carecer de importancia, sin embargo, debemos saber contextualizarlo en su momento: *"A veces las vecinas venían a mi casa a por agua con sus cántaros o cubos, lo que les hacía falta. Como yo no pagaba nada del pozo pues tampoco les cobraba, otras sí lo hacían"* (Antonia Vilchez Praena–Guadix-).

⁵En la depresión de esta comarca en el centro de un punto caliente de biodiversidad –las Sierras Béticas- y en pleno Geoparque del Cuaternario, se encuentra este espacio que antaño se dedicó al cultivo del cereal hasta que en 1993 los terrenos fueron adquiridos por la Consejería de Agricultura de la Junta de Andalucía. Navarro Reyes et alii., 2019.

⁶Caballero Cobos y Román Muñoz, 2017: 393-405.

⁷Lafuente Alcántara, 1852: 270.

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



Mujeres sacando agua del pozo en el patio de la desaparecida Casa de Las Campanas, Guadix.
Foto: Arturo Cerda y Rico, ca. 1905.

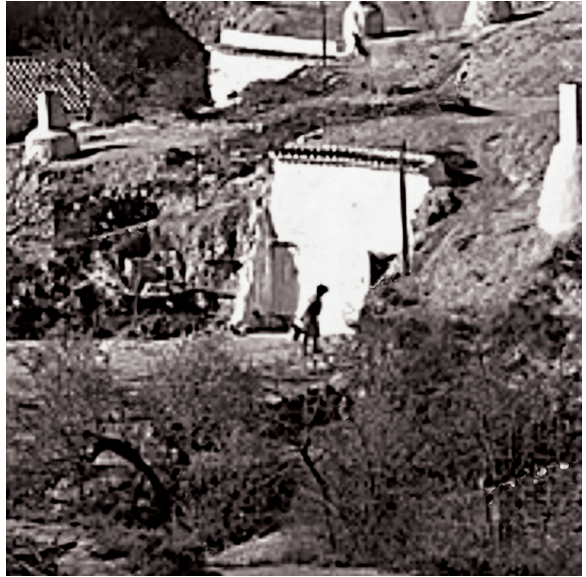
Además de los pozos particulares emplazados en los patios interiores de las viviendas urbanas, otros se encontraban repartidos por las distintas calles, huertas y caminos de la ciudad accitana como los de la Ermita Nueva, la Huerta Milla, la Era de los Belenes, el Tejar de las Vacas, el Cerro de la Bala, Eras de Lara, la zona de Pedro Maura, etc. Por otra parte, la mayoría de las tiendas y comercios del centro urbano disponían de un pozo propio, al igual que otros edificios singulares como el edificio del antiguo Colegio de los Jesuitas y más tarde Hospital, o centros educativos, espacios conventuales, como el monasterio de clarisas franciscanas de Santiago, o alfarerías y pequeñas industrias. Disponer de esta infraestructura hidráulica, aunque su extracción hoy se nos antoja una tarea ardua, no dejaba de ser un privilegio. Si bien sacar el agua del pozo era un trabajo pesado –tirar de la carrucha, cargar los cubos...–, en ocasiones y en algunas zonas, gracias a que nivel del agua era bastante alto y encontrándose “muy a mano” era una tarea más llevadera.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Mujer sacando agua del pozo con la garrucha. Foto: María Viñas, 2021.



En estos parajes, no eran raros los pozos: mujer con un cubo. Foto: Juan Miguel Pando Barrero, 1963

En el caso de aquellas mujeres y niñas y subrayamos mujeres, porque dado que el suministro del agua era una de sus principales funciones dentro de las labores del hogar, al no disponer de un pozo en su vivienda, ni en ninguna cercana, debían salir al exterior hacia espacios comunes como los pozos públicos, las fuentes y caños para su provisión.

Ir a por agua a los caños y fuentes

Una infraestructura muy característica del territorio Geoparque son los caños. De uso público y repartidos por distintos barrios y regulados por los respectivos gobiernos municipales, cumplían con la función social de proporcionar a la población agua; no sólo para uso doméstico sino también para dar de beber a los animales. En Guadix, el agua llegaba hasta los caños a través



Mujer y niña sacando agua en el pozo de Joaquín el Caminero, Purullena. Autor Otto Wunderlich_IPCE. Arch. Torcuato Fandila. 1932.

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



Amas de casa, aguadoras y niñas a por agua al Caño de Santiago, Guadix. Foto: Antonio Ortiz Leyva, 1956

de un sistema de minas –captación– y de galerías subterráneas –conducción– con poca pendiente que drenaba el agua hacia el exterior. Las fuentes-caños, cada una con su uso específico, más conocidas de esta ciudad son las de la placeta de Santiago, la placeta de Santa Ana, el caño de San Antón, el de Maese Pedro, el del Hospital, el que existía en San Miguel y el desaparecido caño de la Serena que estaba en la antigua calle Higuera. En el caso de las fuentes, en la plaza Mayor, se emplazaba la llamada de “La Mona”, hoy conservada sin uso en uno de los patios del colegio de la Presentación. Más modernas eran dos pequeñas fuentes para beber instaladas en el Parque tras su remodelación en los años cincuenta. Y en el extrarradio era muy conocida la fuente de La Tejea-Teja. A este respecto, Pascual y Madoz decía acerca de ello: “Tiene siete fuentes públicas procedentes de manantiales situados a corta distancia de la población que la surten abundantemente de agua”⁸. Guadix se caracterizaba por la alta dispo-

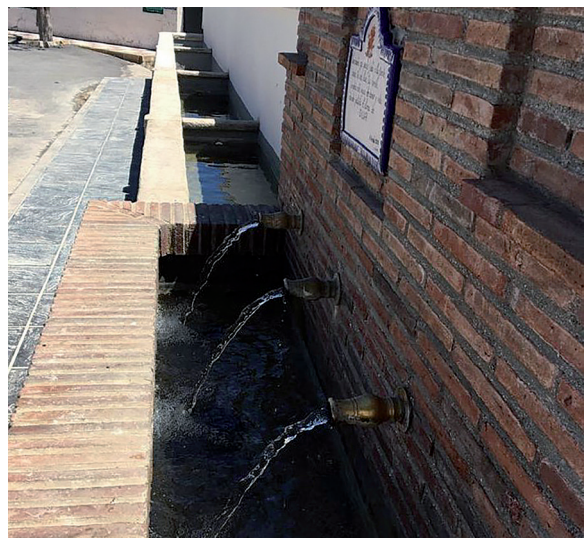
Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

nibilidad de recursos hídricos con numerosos manantiales como la Fuente de la Ciudad y la Fuente de la Reja. En el caso de Baza, al igual que en el de Guadix, los caños cumplieron con una función primordial. A este respecto, destacan los llamados Caños Dorados, fuente-pilar que servía como abrevadero construido junto a la Puerta del Peso.

El aprovechamiento del agua que iba al canal del caño para dar de beber a los animales, fue una situación habitual en determinados periodos históricos, restringiéndose la presencia de animales en otros, por motivos de higiene y salubridad, lo que determinó que se construyeran caños específicos para dar de beber a los animales, e, incluso, para desviar el agua sobrante, en ocasiones, a los lavaderos o a las huertas, como sabemos por el relato de Mercedes sobre uno de ellos en Guadix:

Al caño de Santa Ana iba mucha gente, mujeres con cántaros y cubos y sacaban agua. En el caño no se lavaba porque no estaba permitido. Esa agua iba luego a la placeta de los Pachecos, que había un pilar y los animales bebían, y el desagüe del pilar iba a los huertos (Mercedes Poyatos Villalba - Guadix).



Caños de Santa Ana, en Guadix y el de Sillar Baja. En la parte posterior de éste, se encuentra el lavadero de la localidad en fase de restauración. Foto: Maribel Díez, 2021.

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



Mujeres de Guadix. Edouard Moreud, colección particular, 1909.

Ir a por agua potable era una tarea diaria que no tenía horario fijo, ni edad. Lo hacían las mujeres de todas las edades, incluidas las niñas, en cuanto era posible. Lo habitual era que las mujeres lo realizaran a primera hora. Una de las imágenes que más presente tienen las entrevistadas es que, en las mañanas, antes de realizar

cualquier tarea, debían ir a por agua, cargadas con los cántaros y cubos. Después, todo lo demás.

Mi madre me dejaba con mis dos hermanos y se iba a trabajar. Para cuando se levantaba mi abuela yo ya había traído el agua del Puente el Ladrillo, a más de 20 minutos. Me traía los cántaros para beber y guisar, y si podía y los pequeños estaban dormidos, me traía otros dos cántaros. El agua de la acequia para lavar. Yo tendría 6 o 7 años, no más. ¡Coger el agua me daba un coraje! porque además llevaba el agua para la tita... ¿No podrá ir cada uno con dos cántaros y subir de una vez el agua? ¡Qué tengo que ir yo una pila viajes! (Antonia Moya Montalbán - Fonelas).

Realmente, ir a por agua cada día era una tarea que había que hacer y se tomaba como algo natural, pero era dura e implicaba un gran esfuerzo físico por el peso que suponía transportar los cántaros, normalmente uno en cada mano, desde la casa hasta el caño, a lo que se sumaba que, en ocasiones, había que recorrer un largo trayecto por la lejanía del caño. La población conocía perfectamente tanto las propiedades y el uso del agua de cada fuente como la calidad de cada una, razón por la cual unos caños eran más frecuentados que otros. Sabemos por algunos testimonios, que el agua del caño de Santa Ana era "salobre" mientras que la de Santiago era "muy buena". Desde el Cerro de San Cristóbal nos relata Mariana López -Guadix- el lugar habitual al que acudía: "Yo iba a por agua al caño de San Miguel y al de San Antón, un cántaro en un

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Plaza y fuente de Alcudia, detalle de una mujer a por agua. Fuente: valledelzalabi.org

brazo y en la otra mano un cubo”. Otra cosa era al que fueran asiduos por cercanía y accesibilidad.

En cualquier caso, la recogida de agua era una de las tareas domésticas que requerían más esfuerzo físico⁹. Las mujeres, las trabajadoras del agua, volvían al domicilio con los cántaros llenos y, si la vivienda no era de planta baja, tenían que subir varios tramos de escaleras para después colocar los cántaros sobre la cantarera, elemento imprescindible en el mobiliario de la casa, tal y como relata Ana: *“Yo, cuando me casé, subía los cántaros de agua al tercer piso -era la casa de los suegros-. Del caño de Santa Ana, traerlos, descansar y luego subir las escaleras hasta el*

La relevancia fundamental de las mujeres en el acarreo del agua se ilustra con esta imagen de porteadoras que, al margen de las formas, universaliza y feminiza este trabajo.

Mujeres con cántaros, Guadix. Dick Stolwijk, 1968.

Fuente: <https://www.kunstveiling.nl/en>



⁹En relación a ello en tierras accitanas, y dada la importancia de la recogida de agua, se desarrolló una importante industria alfarera siendo el cántaro una de las piezas más vendidas.

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



La cantarera como parte del mobiliario de las viviendas.
Interior de una cueva de Guadix.
Foto: Otto Wunderlich, ca. 1923



Dolores Ortiz Garrido, vendiendo botijos y cántaros de la
alfarería familiar Manuel Ortiz Lorente en la plaza de Los
Corregidores, Guadix, ca. 1935. Fuente: archivo familiar.

tercer piso, 33 escalones. Yo arriba tenía mi cantarera con cuatro cántaros. (Ana Sánchez Requena -Guadix-). Indudablemente, el esfuerzo merecía la pena porque en los cantaros, pieza de barro con un asa, el agua se mantenía fresquita, pero también permitía que debajo de la cantarera, debido a la humedad del barro mojado de los cántaros, se generase un ambiente fresco que era aprovechado para colocar los alimentos y la fruta y mantener así su conservación, especialmente, en los meses de verano.

Cantarera, elemento común e imprescindible en cada hogar para almacenar el agua potable, así como los cántaros, cantaros, jarras, lebrillos, botijos, etc., para otros usos también relacionados con el transporte y como contenedores de agua. Foto: Ana Sánchez Requena



Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Niña de La Calahorra recogiendo agua del caño, década de los años 40-50 del siglo XX.
Foto: Lidia Tribaldos

Como hemos señalado, las niñas también solían ir a por agua aunque muchas no podían cargar con el peso de los cántaros por lo que las familias les compraban unos más pequeños. Al final, con ello, se veían obligadas a hacer sucesivos viajes a los caños hasta poder llenar las cantareras de la casa.



Vecinas de Belerda a por agua al caño. Foto: Magdalena Avilés García, ca. 1974



El acceso al agua potable:

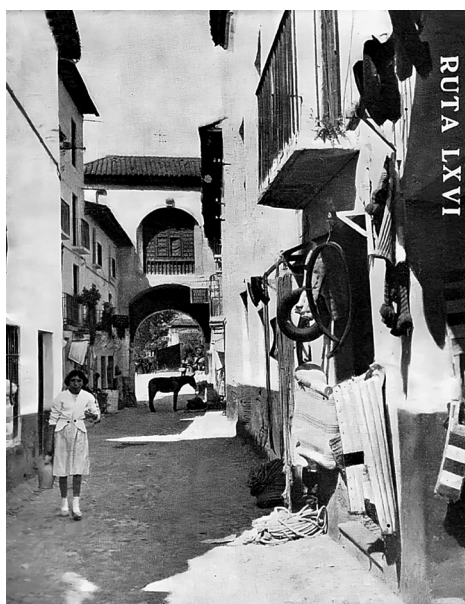
Aljibes, pozos, fuentes y caños

Situación que era frecuente como sabemos por las revelaciones de Josefina, Ana María y Encarna:

Mi primer recuerdo es ir al caño a por el botijo de agua, antes de ir al colegio, para cuando viniese mi padre del campo tuviese agua fresca de la fuente. Mis hermanas llevaban cántaros y cubos y, a veces, garrafas con un carrillo. (Josefina Martos Huertas -Lopera-)

Como yo no podía tirar de los cántaros, mi madre cuando venía a Guadix a comprar me compraron unos cantarillos chicos para que yo pudiera tirar de ellos, entonces iba llenando los grandes, yo no sé los viajes que daría, no lo sé. (Ana María Huertas Huertas -Lopera-)

Cuando yo era pequeña iba al caño a por agua con mi madre y vivía más abajo. Llevaba de todo, cántaros, cubos e iba las veces que hacía falta. El agua del cántaro era para beber y guisar y la del cubo para fregar, lavar y los animales. (Encarnación Casas Puertas -Guadix-)



CAMINOS DE ESPAÑA
de GRANADA a ALMERIA

Aunque traer el agua era una de las tareas habituales de las mujeres, los hombres también iban al caño a por agua. Pero, en su caso, lo hacían normalmente utilizando un burro para su transporte, como nos lo cuenta Mercedes:

Niña con botijo por la calle san Torcuato, años 50. Guadix. Portada de la publicación Caminos de España de Granada a Almería, Ruta LXVI (Editorial: Compañía Española de Penicilina, Madrid, 1958)

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Mi madre estaba enferma y para beber normalmente era mi padre que con el burro, las "aguaeras" y sus cuatro cántaros iba a la fuente La Reja porque el agua estaba muy buena. La de Santa Ana era muy salobre y no se podía beber. También iba a la fuente El Chirre, al Parque, al Caño de Santiago, otro caño en la bajada de la Plaza las Palomas, al caño del Hospital... , iba a todos los caños con su burro. (Mercedes P.V.).

Algunas mujeres, si tenían esa posibilidad de disponer de este tipo de ayuda, también la utilizaban:

Mi padre nos preparó un burro para las dos, y apenas amanecía, al puente del Ladrillo con 6 cántaros en una aguadera, porque teníamos que llenar el bidón para la obra que hacía el tito. Un día pasó una burra y el burro se puso de pie, tiró todos los cántaros y los quebró, y salió corriendo que no lo pudimos pillar. Llegamos sin agua, sin cántaros y sin burro. Mi padre nos había avisado; cuidao con este burro que es muy asustadizo! (María Dolores Moya Montalbán –Fonelas–)

En la localidad de Charches, la "Dolorillas" fue una de esas mujeres que si tuvo la fortuna de ir al pilar de los Siete Caños acompañada "Yo salía con la burra, las agüeras y los cántaros y, cuando llegaba a casa, llenaba mi cantarera con mis cuatro cántaros y to el agua que yo quería beber con el jarro". (Dolores García Rodríguez –Charches–). Según Elena, algunas vecinas de igual modo utilizaban el burro para su transporte:

Nosotras íbamos al caño, a la fuente que había en el pueblo para beber y para guisar. Primero íbamos con el burro, unos cuatro cántaros y unas aguaderas, en cada aguadera un cántaro, cubos no, yo eran los cántaros lo que llevaba. En lo alto del burro me subía y subía una carga de agua. (Elena Torres Requena –Alcudia de Guadix–)

Al final, no todo eran ventajas si se disponía de la ayuda de burros para cargar los cántaros, ya que, en el fondo, suponía una carga más de trabajo porque había que controlar no sólo la mercancía sino también al propio animal, como sabemos por María:

Como no teníamos agua potable en casa, siempre íbamos al caño de Venta Quemada. Yo me acuerdo siendo chiquitina compramos un cántaro de barro en el

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



Mujer sentada a las puertas de la cueva junto a sus animales bebiendo y el pozo a la izquierda de la imagen. Guadix. Foto: Otto Wunderlich, 1923.

que había muchísima más agua y ahí trasladábamos el agua. Estábamos todo el día trajinando cántaro pa' rriba cántaro pa'bajo. También, a veces, utilizábamos una burra que con ella cargábamos hasta 4 cántaros. Y la gente, como nosotros teníamos animales, pues que más viajes teníamos que hacer. (María Murcia -Venta Quemada-)

Las aguadoras

Estas trabajadoras del agua mejoraron la economía familiar con el transporte de la misma, pues no sólo la recogían para sus viviendas sino que por un poco de dinero la llevaban a las casas de otras familias. Eran las denominadas aguadoras, niñas, jóvenes y no tan jóvenes, que llevaban cántaros de agua a domicilios particulares y a pequeños comercios en general, sobre todo, peluquerías. Normalmente, iban con una cántara en cada brazo y cadera, pero también las había que se hacían acompañar de animales de carga para transportarla. Por ejemplo, en Aldeire, sabemos que *“las aguadoras que cobraban por llevarla a las señoricas llevaban cántaros y garrafas que echaban en los serones de la burra. Cobraban dos pesetas, porque la burra también había que pagarla”*. (Carmen Rodríguez Hurtado -Aldeire-)

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Mujer de Purullena con cántaros, tarjeta postal.
Foto: Archivo Zerkowitz.

Normalmente, el reparto del agua era manual, pero hemos constatado que en ocasiones se hacía con ayuda de tracción animal, incluso, con motorización. En este caso, como siempre, se producía una masculinización del servicio. Lo ejemplarizamos en el municipio de Benalúa a través del relato directo de una de sus vecinas:

Un vecino, "Antonio del agua" lo llamábamos, compró su camión cisterna y repartía el agua por las calles, cobrando creo recordar una peseta por el cántaro de agua. Recuerdo que eso fue fabuloso porque, tú, imagínate no tener que preocuparte de ir en busca del agua acarreándola con los cubos, con los cántaros y el trajín ese. Eso fue un adelanto extraordinario" (Ana María Molina Gil –Benalúa–)

A las dificultades señaladas, se añadía lo que suponía que un cántaro se rompiera. Este objeto de barro jugaba un papel fundamental en la casa ya que con él se iba al caño, a la fuente, al pozo o al aljibe, con él se compraba agua a los o las aguadoras y se llenaban grandes contenedores como tinajas o pilas. Su rotura implicaba tener que volver a comprarlo y hacer de nuevo la tarea. El que se rompiera era algo tan habitual que forma parte del refranero y dichos populares

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños

como: *Cantarillo que muchas veces va a la fuente o deja el asa o la frente* –dicho que en la actualidad se utiliza con un doble sentido–. Al hilo de lo anterior, habría que recordar otros dichos populares como: *Llover a cántaros*, o *alma de cántaro*. E, incluso, esta circunstancia quedaría referenciada en numerosas canciones y coplas populares:

*La rosa fue a por agua y le dijo el lirio:
deja el cántaro rosa y vente conmigo.
Pobre cantarito mío,
hoy lo lloro amargamente
porque ayer me lo rompieron
caminito de la fuente.*

Las circunstancias para que esto sucediera eran infinitas, siendo quizá la más relevante la orografía de las cañadas y su difícil accesibilidad en el caso de la comarca accitana. Por ejemplo, muchas vecinas de Purullena iban a Bejarin a por agua sorteando todo tipo de dificultades en su camino. No había que esperar al mal tiempo, con veredas fangosas y resbaladizas, para sufrir aparatosas caídas a menudo a diario.

Cuando me casé en mi cueva no había agua, pero la suegra que vivía más abajo, ya tenía grifo y yo la iba a buscar allí. Estaba yo embarazada y bajaba por el laero con mi cubo de lata, y con un barrigón que pa qué, mira me escurri y me di un culetazo, y me daba una vergüenza de los albañiles que allí estaban y me vieran, pero salió el cubo de lata dando brincos y pa bajo, como para no hacer escándalo..., y tós ¿qué te ha pasao? ¡Pues qué me va a pasar, que me he escurri! (Dolores M. M.).



Mujeres con los cántaros y los cubos para ir a por agua, Guadix. Foto: Agencia Goldner, ca. 1950

Pero como todo en la vida, ir a por agua al caño o a la fuente también te-

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

nía su lado positivo. La afluencia constante de mujeres, pero también de hombres que iban al caño a dar de beber a los animales y a coger agua, hizo que se convirtieran en un espacio público de relación social donde las mujeres, mientras esperaban su turno para coger el agua, hablaban de la vida y de sus cosas e, incluso, conversaban con los mozos. En concreto, el caño de Santiago de Guadix era uno de esos espacios de convivencia, muy frecuentado por la calidad de su agua y siempre estaba muy concurrido, aprovechando la juventud la ocasión para verse, socializarse e, incluso, darse algún que otro chapuzón.

Ir a por agua era una excusa que utilizaban muchas jóvenes para salir con sus amigas y poder pasear, generando con ello gratos momentos de diversión y esparcimiento, como sabemos por Mercedes y Ana.

A veces, con las amigas, cogíamos el pipo y decíamos "vámonos al Parque a dar una vuelta, a por agua" o al caño de Santiago, en realidad, era ir a pasear un poco y aprovechábamos. (Mercedes P.V.)

Era muy feliz, no teníamos nada, pero ni yo, ni la mayoría de niñas de mi época. Nuestros juegos, eran el trozo de piedra para la rayuela, la cuerda para la comba y jugar mucho al aire libre, y yo lo recuerdo eso muy feliz. Y ya te digo para nosotros ir a coger agua, eso era una diversión; como si ahora coges y dices venga que vamos a quedar para irnos al cine. Pues nosotros disfrutábamos como monillas con los cubillos de agua, y anda que no dábamos viajes hasta que llenábamos el bidón ¡pues tú imagínate!, o los dos bidones, lo que tuvieran en ese momento nuestras madres. (Ana M^a M. G.).

La recogida del agua, aprovechando los recursos naturales, se convertía en un momento de convivencia y relación. Participaban las mujeres e



Fuente en el Marquesado del Zenete.
Fuente: Encarna Morillas

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños

hijas de la vecindad que sabían sacar lo positivo de estas duras tareas como sabemos por Ana M^a M.G.:

Recuerdo de forma muy positiva las noches del verano, cuando habíamos terminado de cenar y todo, pues era el momento de ir a la acequia para coger cubos de agua y llenar los contenedores grandes de las casas. Porque claro, no siempre había agua disponible, porque muchas veces las acequias desviaban las aguas para los campos. Por las noches, nos juntábamos las vecinas, que entonces había mucha relación entre los vecinos, y venga vamos a ir a por agua a la acequia. Ya nos tenías a las madres con sus hijas, mis vecinas, mis amigas y nos juntábamos a lo mejor catorce o quince niñas con nuestros cubillos... Y yo recuerdo esos momentos de muchas risas, de alegría, que estábamos deseando de que llegara el momento para ir a la acequia. Porque, tú date cuenta el elemento tan vital tener agua en la casa. Y entonces no era darle al grifo y tener agua. Nosotros no teníamos grifo, no teníamos el agua corriente en las casas, pues a ingeniárselas y hacer uso de los recursos naturales que había. Había muchas acequias. ¡Es que siempre había un bullicio de gente, un trasiego de gente en la calle por las noches, en busca del agua! (Ana M^a M.G.)

Ir a por agua formaba parte del día a día tal y como cuenta Ginesa:

Fijate tú que detalle, de la noche de novios, cuando vinimos del viaje de novios. Pues no nos habían preparado agua, mi marido y yo -Dios lo tenga en la gloria- y cogimos cada uno un cántaro y dijimos ¿vamos a por agua? Hacía una luna que paqué, y yendo por medio del camino empieza a carrear¹⁰ un burro y se nos fue un susto, ¡aque- llo no se me olvidará en la vida! (Ginesa M.N.).

Siguiendo en este ámbito, el relato de Mercedes recoge cada uno de los aspectos más significativos relacionados con la tarea de ir a buscar el agua cada día:

En mi casa no teníamos pozo, pero un vecino que tenía huerto, por allí pasaba una acequia, un brazal -la parreá, el tajo de la acequia de la Ciudad- y regaba el hombre y nosotros aprovechábamos para regar y recoger toda el agua que podíamos para el gasto de la casa: de limpieza, fregar, animales... Cuando no pasaba por ahí el agua, íbamos a unos

¹⁰ Expresión popular que hace referencia al sonido que emiten los burros con la boca.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

A por el agua con la burra, Huéscar, años 50. Fuente: <https://www.galera-granada.es/Fotos-Antiguas/index.htm>

pozos que tenían dos vecinos. Para beber, mi padre tenía un burro con "aguaeras" con sus cuatro cántaros e iba, por ejemplo, a la fuente La Reja porque a él le gustaba el agua buena. Él ha respetado el agua de toda la vida. La de Santa Ana era muy salobre y no se podía beber. También iba a la fuente El Chirre, también al Parque, al Caño de Santiago, otro caño en la bajada de la Plaza las Palomas, al caño del Hospital... mi padre iba a todos los caños con su burro.



En una cantarera teníamos el agua para beber y para guisar. Para el resto, lavar la ropa, limpiar, animales, lavarnos... de esa acequia que te he dicho, y cuando la cortaban echaba por la ramblilla, la Rambla del Patrón -en el Mercadona- que ahí nacía un chorro y de ahí con un jarro sacábamos un agua muy limpica a los cántaros. Para beber también teníamos pipo. Cuando yo iba a por agua para beber, pocas veces, porque iba mi padre con el burro, yo llevaba dos cubos, que a veces llegaban medios a mi casa de tanto balancear. En Santiago, se hacían colas de la gente que iba a por agua, también había gente que la llevaba a las casas, que cobraban. En el parque también se hacían colas, había quienes iban con burro...

Con la llegada del agua corriente, la imagen de las mujeres con los cántaros quedaría como un elemento a recordar dentro de lo que había sido su dura vida diaria, tanto en ámbitos urbanos como en los rurales. El recuerdo de este trabajo, realizado por las mujeres, permanece en la memoria de muchas de ellas y hay que evidenciar la importancia que tuvo, ya que forma parte de las denominadas actividades de mantenimiento. Aquellas que tienen que ver con el sostenimiento de la vida, con el mantenimiento de la comunidad, con la preparación del alimento, con el cuidado de los miembros de la



Jóvenes de Purullena, al fondo aparece una mujer sacando agua del pozo para llenar los cántaros. Fuente: Archivo familiar.

El acceso al agua potable:

Aljibes, pozos, fuentes y caños



La Aguadora. Francisco de Goya. Museo de Bellas Artes, Budapest, 1812



Marta y María. Julio Romero de Torres, colección particular, 1917

comunidad que, por ser menores, padecer enfermedad o ser mayores no pueden cuidarse, y con el cuidado y acondicionamiento de los espacios de vida. A estas habitualmente se les denominan tareas domésticas, atribuyéndoseles un carácter negativo, al considerar que, para su ejercicio, no se necesita tecnología, ni estudio, ni experiencia, pero sin las cuales ninguna sociedad podría vivir, ya que son esenciales. De todas formas, ir a buscar agua no sólo era esencial sino indispensable para sobrevivir en cualquier hogar.

El recuerdo de esa tarea a nivel general, y, dentro del territorio español, permanece en la memoria colectiva fundamentalmente a través de relatos literarios y de algunas obras plásticas. En el primer caso, Benito Pérez Galdós las incluye en los Episodios Nacionales (1873-1875) y en la pintura por citar algunos artistas, con dos visiones diferentes en su tratamiento del tema, tenemos a Francisco de Goya y Julio Romero de Torres. En el primero de los casos, Goya recrea a la mujer como si fuera una heroína, pintada en el contexto de la Guerra de la Independencia; en el segundo, Romero de Torres, mostrando una visión sensual de unas mujeres de gran belleza racial junto con sus cántaros.

LAS LAVANDERAS, OFICIO Y TAREA DOMÉSTICA



Lavanderas accitanas en el río Verde delante de la antigua ermita de San Sebastián. Foto: Luis Chavarino, ca. 1910

Es este un oficio con gran arraigo e identidad, en el que se empleaban muchas mujeres de la clase trabajadora y humilde que prestaban el servicio a unas casas particulares o instituciones concretas, aunque también era una tarea más de las muchas que constituían el servicio doméstico y el mantenimiento del hogar¹¹. Por lo tanto, se ha de distinguir entre aquellas mujeres que cobraban un salario por lavar exclusivamente la ropa de otras familias, las que recibían un emolumento completo por hacer todas las tareas domésticas, incluyendo la colada, teniendo en cuenta que, además, todas lavaban la ropa de su propio hogar y, obviamente, no cobraban por ello.

El trabajo de las lavanderas, normalmente mujeres autónomas, se ajustaba a través de contratos orales que las obligaban a trabajar a destajo y cobrar por faena realizada. Esta actividad ha sido fundamental como sostenimiento de las economías familiares, tanto en ámbitos urbanos como rurales; y a medida que

¹¹ Sobre este tema véase Fuentes Hurtado, 2015.

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica



Lavandera con la tabla de lavar en tierras de Guadix, años 20. Foto: Archivo familiar Leyva Miranda

crecía su demanda traía consigo, a la par, su especialización. A partir de la segunda mitad del siglo XX, hasta que el agua corriente no llegó a la mayoría de los hogares, el espacio tradicional a lo largo de la historia para la colada eran los ríos, las ramblas, las charcas e, incluso, las acequias, balsas o manantiales cercanos a los respectivos núcleos de población. Vendría a ser lo que Carmen Sarasúa denomina “lavaderos

de arroyo”¹². En el caso de existir, o poder hacer uso de ellos, se utilizaban de igual modo fuentes o lavaderos públicos.

Algunos apuntes históricos de este oficio

Constatamos las primeras referencias documentales del uso de lavaderos por las mujeres en la ciudad de Baza. La Fuente de los Gazis era un manantial de aguas “posiblemente no muy apta para el consumo humano”, usado habitualmente para lavar la ropa. En 1549, el alcalde mayor de la ciudad decidió construir un lavadero con la idea de que las vecinas de esta población desarrollaran esta actividad en un lugar más apropiado y “sin estar dispuestas a las miradas ajenas”¹³. Esta nota nos sirve para detenernos brevemente en aspectos diversos, relativos a todo lo que conllevaba esta actividad que vamos a ir detallando a lo largo de las siguientes líneas. Desde la moral imperante que existía a lo largo de los años, hasta la dificultad de localización de aquellos lugares donde se podían ubicar las mujeres para llevar a cabo tan ardua tarea, o el sometimiento a las inclemencias climáticas y a las ordenanzas municipales que debían velar por el uso y mantenimiento de la potabilidad del agua y de la salud pública. Todo ello nos introduce en lo

¹²Sarasúa, 2003: 53-78.

¹³Lázaro Damas, 2015: 85-104.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Joven lavando ropa a finales del siglo XIX en las afueras de Baza, donde estuvo la ermita del Santo Angel. Fuente: Péndulo. Papeles de Bastitania, 14 (2013)

que era el mundo femenino y en las actividades económicas, sociales y cotidianas llevadas a cabo en los ríos y espacios análogos¹⁴. Pero también nos lleva a tener en cuenta cuáles eran los productos utilizados para el blanqueo, cómo era el lavado de los diferentes tipos de ropa, así como la temperatura del agua o el aprovechamiento de la proveniente de los baños públicos, sin olvidarnos del uso del caldero, pieza



usual en ajuares, y cómo repercutía todo en la condición física de las mujeres que hacían de la lavandería su principal oficio. En resumen, un trabajo por documentar y dignificar, entre muchos otros, de lo que era la vida diaria de las mujeres del territorio objeto de nuestro estudio.

Antes de hacer referencia a las lavanderas profesionales, debemos señalar que, ya desde el siglo XVI, se constata la existencia de contratos laborales con niñas y jóvenes dentro de las dos comarcas vecinas de Guadix y Baza¹⁵. Eran contratos de servicio y soldada que incluían, además, el desempeño de todas las tareas domésticas y entre ellas el lavado de la ropa y el transporte del agua a la casa. De igual modo, tenemos noticias documentales sobre lavanderas profesionales desde finales del XVI. En este caso, nos referimos a las llamadas beatas de la Transfixión, una agrupación religiosa femenina de la que se tiene poca información, pero que sabemos realizaban diversas actividades domésticas tanto para el Cabildo catedralicio como para el Hospital de la Caridad de Guadix¹⁶. Entre otras ocupaciones, cosían y lavaban la ropa de la sacristía del templo mayor como

¹⁴ Rivasplata Varillas, 2018: 161-186.

¹⁵ Díez Jiménez, 2020.

¹⁶ Las órdenes terciarias acogían a las mujeres que buscaban una opción religiosa dentro del mundo laico, o simplemente deseaban respetabilidad, y que no querían o no podían entrar en los conventos.

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica

corporales, amitos, fundas de cálices, purificadores, ropas de músicos, así como las sábanas del hospital a cambio de un salario, que podía ser monetario, en especie o de ambas formas. Incluso, conocemos el nombre de la que fue priora en la década de los años sesenta, María Decobisa, gracias al pago que se le hizo de *“veinte fanegas de trigo por veinte ducados, se les [dan] de lavar la ropa, esto atenta su mucha nesçesidad”*¹⁷.

Dentro del siglo XVI, y trabajando también para el mismo centro asistencial de Guadix, se conoce el nombre de la lavandera Inés de Sagredo. En su caso, el salario fijo lo cobraba en diferentes pagos, a veces en cereales, incluso llegaría a percibir alguna paga extra: *“a Ynes de Sagredo, lavandera [...] cinco ducados de su salario [...] dos fanegas de trigo, que se le dan graciosas allende de su salario”*¹⁸. En términos generales, en el centro hospitalario accitano eran los hospitaleros y las hospitaleras –hombre y mujer– quienes se encargaban de hacer todas las labores domésticas del mismo. En 1604, se llegó a ajustar que la hospitalera debía desempeñar, entre otras funciones, la colada de la ropa de las personas enfermas junto con la propia de las camas como sábanas además de manteles y pañuelos.¹⁹

Por otra parte, sabemos que en 1602 Ana Bravo era la encargada de lavar no sólo la ropa blanca de los frailes del convento de San Francisco de Guadix sino también ciertas prendas de uso íntimo de algunos de ellos²⁰. En cuanto a las dos comunidades religiosas femeninas de clausura –franciscanas clarisas y concepcionistas– también de esta misma localidad, ambas disponían de un espacio dentro de sus recintos monacales para su propia colada que, habitualmente la hacían o bien las religiosas encargadas de ello o bien parte del servicio doméstico femenino que las atendía.

¹⁷Diez Jiménez, 2019: 117-118. También en AHDGu., Libro de actas capitulares, 3, fol.127 v.

¹⁸ Íbidem. Fecha aproximada 1565. A este hilo, si comparamos a grosso modo el salario de estas lavanderas de Guadix con las del Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla, uno de los mayores y principales hospitales del momento, comprobamos que el primero es prácticamente una tercera parte del segundo. Véase Rivasplata Varillas, 2018: 161-186

¹⁹Diez Jiménez, 2018:109.

²⁰ AHDGu. 1602, Caja 2645, doc.8. “Testimonios para averiguar la verdad sobre lo que sucedió entre la lavandera Ana Bravo y el fraile profeso Francisco Martínez cuando este fue a recoger la ropa de los frailes que la mencionada les lavaba”.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Lavanderas a comienzos del siglo XX, detalle. Foto: Luis Chavarino. Archivo familiar Chavarino Ibáñez.

En cuanto al lavado de la ropa litúrgica, tampoco era una tarea exclusivamente femenina. Aunque hemos comprobado que en el siglo XVI eran las beatas de la Transfixión las principales encargadas de realizar esta tarea, ya bien entrado el siglo XVII, la ropa blanca del cabildo catedralicio la lavaba el sacristán menor. Sin embargo, en 1696, los capitulares decidieron que al estar mal lavada, sin colar²¹, y con olor se hiciera cargo de



ella el ermitaño de San Sebastián, ermita situada en la ribera del río Verde. Este es de los pocos casos donde se tiene constancia documental de esta actividad tan específica llevada a cabo por varones²².

Las lavanderas profesionales del siglo XX

Haciendo un salto a la segunda mitad del siglo XX, si bien no disponemos de datos cuantitativos, sabemos que el número de mujeres que tenían por ocupación el lavado de la ropa de casas ajenas y organismos o negocios era considerablemente muy abultado, aunque por circunstancias sobradamente conocidas esta nómina se mantiene en el anonimato. Recordemos que, en las respectivas viviendas, se lavaban vestimentas, sábanas, pañales, etc., y que estamos en un periodo donde la política franquista promovía la natalidad, por lo que las familias numerosas no fueron ninguna excepción y, por consiguiente, generaban mucha ropa sucia. Nos podemos hacer así una idea del volumen de hogares que percibían una renta fija a través de estas mujeres, quienes cobraban un pequeño salario normalmente por piezas lavadas. Lógicamente, eran mujeres de un estrato social menesteroso y de todos los estados civiles, y trabajaban para aquellas familias más o menos

²¹ Filtrar agua caliente en ceniza para blanquear la ropa cuando no existía la lejía.

²² AHDGu. Libro de actas capitulares, 24, 1693-1696, fol.93.

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica



Lavando en el río. Galera, años 60. Fuente: <https://www.galera-granada.es/Fotos-Antiguas/index.htm>

adineradas de las principales ciudades del territorio, Baza y Guadix, así como de sus respectivos pueblos o cortijos, *“por cuatro reales cogían a una mocica”* (Dolores y Antonia M.M.). En aquellos tiempos, aún se practicaba la economía de trueque y, algunas veces, se cambiaba el lavado de la ropa por la leche de las vacas o queso, o productos de la huerta, o mermeladas o, sencillamente, en ocasiones, a cambio de comida, como más adelante nos explica Carmen R. H.

Algunas familias presumían de disponer de servicio doméstico por las connotaciones de ascenso social que esto suponía, aunque no siempre fueran reales. En otros hogares, sencillamente, tenían tanto volumen de trabajo que necesitaban buscar ayuda fuera, como así ocurrió en el caso de Encarna Prieto Tortosa –afueras de Guadix–, quien vivía en una huerta y una lavandera iba cada quince días para auxiliarles con la colada doméstica, *“mi familia no era una familia adinerada”*.

Otro testimonio interesante es el que nos proporciona Carmen R.H., natural de Aldeire y lavandera profesional hasta que se fue a vivir a Guadix:

Lavábamos “hincás” de rodillas, en los mismos trapos que eran para lavar y ya con el último nos hincábamos en el suelo. Llevábamos la ropa en un tabaque o canasta

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

La lavandera Angustias de Aldeire lavando en el río Benerjar, quien, junto a su hermana María, se dedicaron muchos años a este oficio. Foto: Encarna Morillas, años 80.



de cañas finas con dos asas, que hacían las gitanas, llevábamos lejías, polvos, la tabla y jabón que hacía mi madre. Iba temprano, porque el río quedaba lejos, y me quedaba hasta las cuatro o las cinco, lavando y esperando a secar un poco la ropa porque si no pesaba mucho. Cuando estaba un poco soleada, me iba y la tendía en casa en unas cuerdas o se la llevaba a la casa de la señorica que tenía una habitación grande donde la ponía a secar. Solíamos ir todas juntas, las que nos dedicábamos a lavar o servir, seis o siete en Aldeire. Nos pagaban dos o tres pesetas por pasar todo el día lavando y, para pasar el día, las señoricas nos echaban algo de comida que nos repartíamos: siempre nos daban lo mismo, un trozo de morcilla, o un trozo de chorizo o un poco de queso. Cuando hacía frío y el agua se congelaba, la rompíamos con una piedra, metíamos los trapos y mientras hacíamos así –se mete las manos en las axilas– y otra vez al agua.

También lavandera profesional y de Aldeire, fue Carmen Garrido Rueda quien recuerda ir a trabajar al río todos los días al haberla contratado cuatro casas a la vez. A veces le pagaban en dinero otras en especie –papas, garbanzos, habillas... – según sus propias necesidades:

Yo era muy niña y ya ayudaba a mi madre, mientras ella iba lavando me decía: toma lleva estos trapos a la fulana –a veces aún mojados– y luego te pasas por la casa de la otra señora y que te dé lo preciso. Lo preciso que era otro tabaque. Antes había muchos niños, los pañales muy sucios, y no se tiraban como ahora, a menudo iban mojados... Todos los días de la semana, había que ir al río a lavar porque la gente no tenía mucha ropa y había que lavarla a menudo. Cobrar bien poco, pero trabajar mucho.

Otros testimonios al respecto nos proporcionan más detalles acerca de este oficio que, como en todos, era preciso tener un conocimiento de técnicas y usos específicos desconocidos, a veces, por el resto de sus propias vecinas:

Mi abuela era lavandera, y le lavaba a tu abuela María que cogía un papel y apuntaba todo lo que se llevaba para lavar: dos camisas, cuatro pañuelos, dos sábanas y luego ya doblas y secas se las devolvía. Pero mi abuela también lavaba para el hotel Comercio, a una familia de la calle Santiago y a varias casas. Se dedicaban a ir a las acequias a lavar las ropas y le daban pues, a lo mejor, que te digo, un real, dos reales por cada pieza. (Angustias Balboa Sánchez –Guadix–)

En Santa Ana, donde yo vivía, había bastantes lavanderas. Muchas iban al río Verde, bien temprano, o a la acequia de La Ciudad. A las manchas le echaban una mijica de líquido que sería como lejía, que llevaban en un frasco pequeño, y con una cuñilla pequeña –como una chapa de botella aplanada– raspaban la ropa. Pero nosotras no lo usábamos, al sol. (Mercedes P.V.)

Pues no había mujeres, que lástima, que le lavaban a las señoricas del pueblo, que entonces había muchos señoricos, que eran los que tenían propiedades y tierras. (Ginesa M.N.)

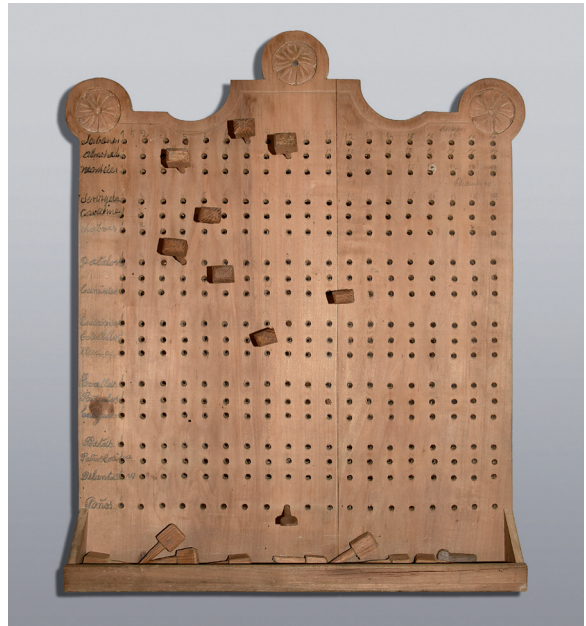
Aquí, en el Colmenar, veía pocas lavanderas que trabajaran para casas ajenas... bueno, la Tintina, que vivía en la ermita de san Antón y lavaba para las señoricas. (Encarnación C.P.)

Como por esta zona se hacía la mili, nos tocaba a nosotras lavarles la ropa a los soldados y mi madre se llevaba las sábanas a mi casa. Yo, con 7 años, sacaba el agua del pozo, ella las metía en remojo con jabón, que eran de lienzo duro y me decía: Merceditas para mañana las sacas y las enjuagas... a lo mejor había 7 u 8 sábanas... y si tiesas estaban, más tiesas se quedaban²³. (Mercedes Díaz Pérez –Guadix–)

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Tabla para el registro de la ropa entregada a la lavandera por tipologías-sábanas, almohadas, manteles, servilletas, pantalones, pañales, toallas, etc...- y por número de piezas. Foto: Isabel Cambil



Las lavanderas profesionales solían ser las primeras en llegar al lugar de lavado y eran quienes ocupaban los mejores puestos. Nos cuenta Encarna P.T. que, cuando era joven, vivía en una huerta, alejada de Guadix y de sus vecinos y, para coger el agua de beber, tenían que ir a la fuente de la Teja, junto al Molino de los Peñuelas. Para el resto de usos, utilizaban el agua de la acequia de La Ciudad, cerca de la casa de los Chirinela, lugar hasta donde también solían acudir las lavanderas profesionales:

Las muchachas marchaban temprano porque la tarea era grande. Yo iba por las tardes o sábados por las mañanas y me gustaba ir porque suponía salir de la huerta y ver a mujeres de mi edad, verlas trabajar siempre contentas y alegres. En casa, nos lavaba la ropa María la Parralera. Iba una vez cada quince días, llegaba temprano y mi madre siempre le ofrecía una taza de leche y solían desayunar juntas. Extendían un trapo grande cuadrado en el suelo y allí echaban la ropa sucia. Contaban los trapos y sus tipos y eso era lo que marcaba lo que después pagarían por su lavado, a lo que mi madre siempre añadía queso o leche o frutos de la huerta. María lo lavaba todo, incluso los paños de la regla. A pesar de todo –señala refiriéndose a las duras condiciones de vida y trabajo de antes y en el campo–, tengo un recuerdo alegre de aquella época por la posibilidad que me supuso convivir durante horas con la naturaleza rodeada del agua del río y del verde de los árboles y plantas. (Encarna P.T.)

Si iba alguna y no había dónde ponerse a lavar –en el lavadero de San Antón–, pues tenía que esperar que terminara a la que le quedaba menos y, a veces, les decíamos, aligerar que estamos esperando. (Mariana L.)



Proceso de estrujado de la ropa entre dos mujeres. Foto: María Viñas, 2021.

De los procesos y condiciones del lavado de la ropa

En cuanto al proceso de lavado y antes de adentrarnos en los años 50 en adelante, un hito fundamental que nos sitúa en cómo eran las condiciones objetivas de estas actividades y cómo resolverlas, fue la publicación dada a conocer en la zona a través de las páginas de *El Accitano, del Manual y guía práctica de lavanderas y planchadoras* (1901). Se trataba de un interesante compendio donde se daban recetas para curar los tan temidos sabañones, grietas, enfriamientos, reumas agudos, quemaduras, asfixia, etc., que conllevaba este tipo de tareas femeninas²⁴.

El proceso de lavado, aunque podía variar en algún detalle según las zonas, comprendía siempre una secuenciación similar: se separaban las prendas según la suciedad, tipo, blanca y color; las sábanas, blancas y sucias, se ponían en remojo con jabón y se tendían al sol para eliminar las manchas. Se enjabonaba de nuevo y así desaparecía la coloración amarillenta y acartonamiento que presentaba la ropa tras ser expuesta al sol; después se aclaraba para eliminar el jabón; se

²⁴ De momento, no tenemos testimonios ni conocemos el nombre de mujeres especializadas en el planchado de la ropa. Otra cosa es que las mujeres del servicio doméstico lavaran y plancharan la ropa de la casa para la que trabajaban y, sobre ello, podríamos recurrir a la cultura material con la variedad de planchas de hierro que salieron al mercado.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Vista de Guadix y las cuevas. A la derecha, se aprecia una mujer extendiendo la ropa para solearla o secarla.
Fuente: litografía de Serge Rovinsky para la publicación *L'Espagne grandiose et fantastique*, 1932.

retorcía fuertemente para eliminar toda el agua y, finalmente, se extendía para su completo secado²⁵. En el caso de la ropa blanca, podía durar varios días y, en la de color, el mismo día se lavaba y secaba.

La palabra “solear” con la que damos título a este trabajo significa extender al sol la ropa blanca que va amarilleando para que, a falta de lejía, el sol actúe sobre ella y se torne blanca de nuevo. También se procede a solear las piezas de ropa con manchas, y todas previamente mojadas y enjabonadas o “con un ojillo de jabón”. Nuestras informantes se refieren a la exposición al sol, no tanto para el secado como para la eliminación de manchas resistentes y el blanqueado. Nosotras recogemos este similitud para contar, “solear” unas secuencias de la historia de las mujeres, recuperar acciones y trabajos de la vida cotidiana y eliminar estereotipos que aún hoy permanecen anclados en el imaginario colectivo.

Antes cuando íbamos con la tabla, a veces, iba con mi prima Lourdes y también con mi amiga, la de la carnicería, que llevaba de trapos lo más grande, nos llevamos nuestro trozo de chorizo y pan y nos estábamos allí tó el día... soleábamos los trapos.

²⁵En el periodo que recogemos la información, las entrevistadas no nos refieren el proceso de ‘colada’, como el que se hacía al atravesar o filtrar por la ropa una lejía alcalina de sosa, potasa o cenizas vegetales, a máxima temperatura, para hacer soluble en el agua las materias grasas y colorantes.

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica



Mujer secando la ropa, Purullena. Detalle.
Foto: Juan Miguel Pando Barrero, 1963.



‘En las zonas de las cuevas como la Ermita Nueva había mucho espacio para extender la ropa’ (Mari Carmen Poyatos), Detalle. Guadix. Foto: Otto Wunderlich, ca. 1923.

Los dejábamos en remojo, luego les dábamos otra vuelta y los tendíamos con el jabón al sol y luego ya los aclarábamos y, mientras, lavábamos los trapos de color y los tendíamos en los pinchos que había en el arroyo. Los llevábamos casi secos y los otros mojados se terminaban de secar en la casa. Nosotros teníamos un huerto y poníamos unas cuerdas y allí los tendíamos. (Matilde Pérez Aguilera –Exfiliana–)

En cuanto a las tablas de madera, en general para nuestras entrevistadas, solían ser un utensilio muy moderno ya que lo habitual era que hicieran uso de las mismas piedras del río para frotar la ropa:

Cuando me fui a vivir a Lanteira, allí no utilizaban tablas y yo me llevaba la mía. La gente decía ¿eso qué es? Allí se lavaba en una acequia grandísima que había donde nosotros teníamos el horno y en el río, que teníamos que bajar una cuesta. Al principio, yo me bajaba la tabla, pero después también me acostumbré a lavar con esas losas grandes y negras, por no subir la cuesta cargada con la tabla. Esas lascas también las utilizaban para hincarse de rodillas junto al río, y encima se ponían trapos, cojines o sacos. (Angustias B.S.)

Una vez lavada, aclarada o “zapateada”²⁶ la ropa, esta se retorció y se extendía en el suelo para que se secase o bien se colgaba en los troncos, panjiles, zarzas,

²⁶ Este término era utilizado como un simil del zapateado del baile flamenco, al golpear las lavanderas la ropa en la tabla.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Haciendo la colada. 'La tía Perico y su hija Encarnita lavando en la acequia de la Mairena'. 1972. Purullena. Fuente: Archivo familiar.

pinchos, tomillos o paredones aledaños y según el lugar. Otras veces, retornaban a casa con la ropa mojada, si había suerte, lo hacían con la ayuda de una borriquilla. Si en la casa había pozo, lo habitual era que se lavara allí y se tendiera en el terrado, azotea, solárium o secadero²⁷, pero también se utilizaba el patio o corral de la casa: *“Las ropas se secaban en los pinchos o, si era invierno, se trasladaba a las casas y acababa por solearse en las puertas, placetas y porches de las casas y cuevas. ¡Los cubos y aquellos recipientes con las ropas mojadas pesaban como una mortaja!”* (Encarna P.T.)

Cualquier día y hora eran buenos para ir a lavar, incluso en invierno, con nieve o escarcha. Cuántos recuerdos nos hablan de romper los hielos con piedras para poder lavar o de los dolorosos sabañones que aparecían tras horas de remojo de las manos en agua helada: *“En invierno, no podíamos solear la ropa al sol para quitar las manchas, tampoco había lejías y no nos quedaba más remedio que dar con más fuerzas al trapo y restregar y restregar”* (Purificación Martínez Pérez -Lopera-). Ni siquiera los domingos se descansaba, sobre todo los miembros de las familias más modestas, al menos en las décadas analizadas y dentro de lo que denominamos economías de subsistencia.

Cuando la carga de la colada era muy pesada y la familia disponía de animales de labor, se aligeraba enormemente el trayecto al río y el traslado de la ropa con

²⁷Espacios destinados también para secar alimentos y que eran aprovechados para ambos usos.

ello. Pero no todas las familias eran propietarias de estos animales. Si a este proceso le añadimos la variabilidad de tejidos, los metros de tela de las vestimentas, el contacto constante con sustancias tóxicas, así como la distancia al lugar de lavado o la temperatura del agua y del ambiente, nos encontramos, probablemente, con uno de los trabajos más duros y penosos de carácter doméstico, sin nombrar las condiciones sociales del mismo, que han existido hasta el presente.

A este respecto, debemos recordar que el aseo de hace tan sólo unas décadas era menos frecuente que en la actualidad; a la vez que el ropero personal constaba básicamente de unas piezas de diario y algo para los festivos o “días de huelga”. Unas vecinas nos ayudan a reflexionar sobre esta cuestión: *‘Si no la lavábamos continuamente, no teníamos ropa que ponernos. Mi madre nos lavaba la ropa a las 7 de la mañana para que se secase pronto y así poder ponérsola.* (Mari Carmen Lorente –Guadix–)

En mi familia íbamos a lavar todos los días porque éramos 6. No teníamos ropa para todos los días y teníamos que estar lavando continuamente. Mi madre nos quitaba la ropa por la noche para lavarla al día siguiente porque no teníamos mucha ropa. Y, a veces, cuando teníamos mucha prisa la poníamos que se secase en el brasero. (Rosa Marruecos –Guadix–)

Antes, ¿cómo se iba a aguantar cambiarse tanto de ropa como ahora...? Los hombres tenían un pantalón de pana y con él pasaban el invierno. La camisa y la camiseta interior se la cambiaban más, pero el pantalón, a lo mejor dos o tres veces en el invierno, no podía ser tanto... Si hoy tuviera la gente que hacer como antes, ve al caño a por agua, enciende una lumbre y pon un latón de agua a calentar o una olla grande, luego echa esa agua tibia, fría y caliente en el barreño y te metes para ducharte, y luego ve y lava la ropa. Hoy no se lavarían tampoco tanto. (Ana María H.H)

Muchas son las circunstancias que, a día de hoy, se nos antojan difíciles para las mujeres con este oficio. No podemos, ni queremos dejar de hablar, de una prenda femenina, necesaria desde que la mujer existe, como son los paños higiénicos de la menstruación. Si bien esta no hace una excesiva distinción entre las mujeres de diversas clases sociales, su limpieza sí que refuerza la diferenciación social. Pretendemos subrayar el esfuerzo que realizaron miles de lavanderas lavando

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Las lavanderas, Francisco de Goya.
Museo Nacional del Prado, 1790

estas prendas tan íntimas y personales pertenecientes a otras mujeres. Obviar este y otros esfuerzos similares, es de deslealtad hacia nuestras congéneres:

Los paños de las señoras de tener la regla, también los lavábamos nosotras. Nos los daban en bolsas atadas y las poníamos en un rincón del río dentro del agua y con la bolsa agujereada para que el agua corriera por dentro y se fuera reblandeciendo²⁸.

A los paños de la regla –paños de camisetitas dobladas–, primero le quitábamos lo principal en casa, puestos al sol le echábamos agua y después al río y con jabón (Dolores Baca Aguilera –Guadix–).

A los pañitos de la regla, en qué nos veíamos en sacar las manchas a base de sol y algunas veces limón y sal y mucho sol (Encarnación López Sierra –Guadix–).



Sororidad y aprendizaje del oficio y “tarea”

Cuando se congregaban un determinado grupo de lavanderas y amas de casa haciendo la colada, entre ellas y, salvo excepciones, solía haber una gran complicidad, confidencialidad y coordinación en el trabajo.

Si una iba a aclarar y estaba situada más arriba del resto, avisaba: “Voy a aclarar” mientras que las otras le podían contestar: “Espera un poquillo”. Y si se encontraba más abajo del resto, se desplazaban hacia arriba de la acequia, del río o del

²⁸Trinidad Expósito Alarcón, Díez Jiménez y Rey Merino, 2014: 51.

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica



Uno de los momentos de la jornada compartida por las lavanderas. Foto: María Viñas, 2021.

lavadero para facilitar el lavado. La solidaridad vecinal no es marca femenina, pero sí tiene muchos rasgos específicos que la hacen propia de las mujeres y, aunque no es este el espacio para adentrarnos en esta cuestión, lo mencionamos para que no quede en el olvido:

A veces, aquellas mujeres se compadecían de mí y me echaban una mano. Recuerdo una mujer anciana, conocida por todos como la "madrastra", yo hablaba mucho con ella (...), a veces, nos quedábamos las dos lavando y me ayudaba incluso a llevar el barreño a casa porque pesaba mucho. (Josefina M.H.).

Luego se puso una vecina mía mu mala y la Araceli y yo le lavábamos la ropa porque tenía el marío y tres niños que eran más guarros que tó, porque eran muy traviesos...pero no vayas a pensarte que era pá cobrarle ni nada, era porque era vecina y porque era familia retirá y había que hacerlo (...) Había una mujer que era la abuela de los panaderos de Exfiliana, se llamaba Rufina y tenía también un chorro de hijos que pá qué, y llevaba unas canastonas y la pobretica se tiraba todo el día lavando y le ayudábamos. Luego llegaba su hijo Antonio y le decía: "Mamá mira qué papas fritas te traigo" para que comieran. (Matilde P.A.)

Esto mismo también es subrayado por una vecina de Freila: "A lo mejor iba una mujer que llevaba mucha ropa y tenía hijos o algún problema, y había otra que no tenía y le echaba una mano para lavar la ropa y que se pudiera ir antes" (Juana Avilés Fernández -Freila-).

Esta sororidad femenina tenía uno de sus momentos álgidos en los días posteriores a los partos. Costumbres compartidas por muchas comunidades, pero que rescatamos desde Charches a través del testimonio de una de nuestras relatoras: *‘Antes había cuarenta días que no dejábamos a las mujeres que criaban, que lavaran, y lo hacían por ella las mujeres de la familia’* (Dolores García Espigares –Charches–).

Resaltamos que, a menudo, esta solidaridad se daba también entre vecinas. Sin embargo, no es insignificante el número de mujeres que vivían apartadas –no sólo físicamente– de lo urbano o en zonas solitarias, que no contaron con ese acompañamiento tanpreciado, al encontrarse solas y alejadas entre ellas.

Pero, como en todos los lugares y épocas, a veces, surgía cierta picaresca a la hora de hacer la colada. Por ejemplo, yendo temprano al lavadero y dejando la ropa sucia en la primera pila y volviendo más tarde a lavar, o como solía hacer una vecina de Lopera, conocida como la tía Picarillas: *‘Como vivía muy cerca del lavadero y quería ser la primera en coger el mejor sitio, pues se levantaba pronto, lavaba y tendía sus sábanas al sol y hasta que ella no las sacaba ¡no había dios que tendiera allí sus sábanas!’* (Purificación M.P.). Otra forma de visualizar el compañerismo y confianza entre las vecinas sería a través del siguiente testimonio: *‘Algunas mujeres, cuando iban al lavadero, acostumbraban a echar jabón a la ropa y se iban dejándola allí tendida al sol, sin peligro que nadie la tocara. Regábamos los trapos y luego, por la tarde, a lavarlos’* (Antonia M.M.).

La mayoría de los oficios y trabajos domésticos se aprendían en el seno familiar gracias a las enseñanzas de abuelas, madres, hermanas mayores o tías: *‘Cuando era joven y vivía en Alcudia iba con mi abuela a lavar, yo le ayudaba y ella me enseñaba, porque en mi casa no lavábamos, teníamos una señora que lo hacía’* (Ana S.R.). Además, se daban circunstancias que podían facilitar el aprendizaje sobre los distintos métodos del lavado, variedad de tejidos, tipologías de manchas, etc. ..., e, incluso, sobre la técnica de fabricación del jabón tal y como nos narra Josefina M.H:

‘Mi experiencia con el lavado de la ropa empezó cuando mis hermanas mayores se casaron. Una hermana en Guadix y la otra en Barcelona –y con tres hijos cada una–, para ellas no había más placer e ilusión que venirse todo el verano a Lopera, a la casa de

Las lavanderas, Oficio y tarea doméstica



Niña en la Plaza imitando
a su madre o a las lavanderas, Guadix.
Foto: Isabel Delgado, ca. 1960

sus padres. Cuando ellas venían, para mí era la peor época del año, la peor, sin duda. Cada vez que me levantaba, -los pañales eran de tela, de algodón- lo primero que veía era que en la puerta había un barreño con ropa a tope y los pedazos de jabón. Yo ya sabía lo que me iba a decir mi madre. Me pasaba la mañana en el lavadero público. Si estaba lleno, esperaba a que me tocara la pila. Casi siempre tenía pila porque era cliente fija

en el verano. Como era pequeña, las mujeres me decían, mira, a esa gasa le tienes que echar "un ojo de jabón", "dos ojos de jabón", tienes que restregarla, cuándo tenía que ponerla en el sol y cuánto tiempo, después ir con un cubo y regar esa ropa para que se le quitaran las manchas. ¡Ellas, las vecinas, me dieron las primeras instrucciones, no me las dio mi madre! Las mujeres del lavadero me enseñaron cuánto jabón, de qué manera lavar y me hicieron caer en la cuenta de cómo era de marrana o curiosa una mujer retorciendo un trapo. Torcer en una dirección era de mujer apañá y concertá y, al revés, no lo era; luego me he dado cuenta de que los hombres tuercen al revés. "Que no te vean torcer así porque es señal de que tú no sabes lavar bien". Yo seguía las instrucciones que ellas me decían, debería tener 12 o 13 años cuando estaba con el barreño.

Tanto en la limpieza de la casa como en el lavado de la ropa o de las personas de cada familia, la limpieza era un valor a enseñar y mostrar. Cuando no había bienes materiales que lucir, la pulcritud era signo de distinción: "Una familia que le decían "los salvaores" decían que mi abuela guisaba sin aceite porque nunca tenía manchas, ni mi abuelo, ni mis tíos ni mi madre que eran chicos, imagínate si era limpia" (Matilde P.A.)

La precocidad en el trabajo doméstico y en el cuidado de los hermanos pequeños ha sido una de las principales características de la niñez femenina, y

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

si bien no es ninguna novedad, es necesario su recuerdo puesto que ha marcado a muchas generaciones de mujeres, especialmente, aquellas procedentes de hogares humildes, que conformaron un elevado porcentaje de la población:

Yo era la mayor de cinco hermanos y cuando tendría unos seis años ya les lavaba esos pañales antiguos que eran como de lienzo, no las gasas... cogía una pastilla de jabón y me iba al lavadero, ahí hincá de rodillas y a lavar... , después de hacer una pila de viajes al caño a por agua, con mis cántaros... Después se hicieron mayores y, junto a mi padre, eran cinco hombres trabajando en el campo, imagínate cómo estaba la ropa, las camisas, los calcetines... Era diario o casi que tenía que ir al lavadero, entre las sábanas, la ropa de toda la familia... ¡Cuántas veces me iba por la mañana, mi madre me llamaba para comer y seguía lavando! (Ana M^a H.H.)

Empecé bien temprano. Cuando tenía 12 años, la mujer que tenía mi madre ayudando en casa, bueno más a lavar porque mi madre no podía meter la mano en el agua, se embarazó y se casó, entonces yo le digo a mi madre: "No te preocupes, que yo me voy con la tita a lavar" y ella fue quién me enseñó. (Matilde P.A.)



DE LOS LUGARES DE LAVADO HASTA LOS AÑOS 70

En términos generales, se han ido nombrando lugares a los que acudían nuestras vecinas para el lavado de la ropa, asalariado o privado. De nuevo, se ha de distinguir entre las casas que disponían de pozo del resto de hogares. En los patios, donde solían estar los pozos, se podía encontrar una pila de cantería o de madera que facilitaba la colada a las mujeres de la casa, pero también a las domésticas respectivas. Ya se ha mencionado la ventaja inigualable que suponía disponer de pozo en casa, incluso cerca, si bien siempre con algunos matices:

Yo no he trabajado –asalariada–, con los 10 hijos que he tenido me tiraba medio día lavando ropa, sacando agua del pozo y lavando en la pila y volviendo a sacar otra vez agua del pozo. Aquí –Ermita Nueva– las vecinas iban a lavar normalmente a la Rambla de Paulenca, allí había como acequia... A veces, yo también iba, porque estaba muy harta de sacar cubos de agua del pozo. Cogía mis trapos y me iba, además me distraía un poco con las otras mujeres. Cuando mis suegros ya no se valieron por ellos se vinieron aquí, a la cueva a vivir con nosotros y aquí murieron. Se pusieron torpes, se lo hacían todo en la cama, entrabas en el dormitorio y todo enfangado, entonces no tenía aún la lavadora y lo tenía que lavar todo en la pila y a mano. Mi marido nunca me lo agradeció. (Antonia V.P.)

Acabamos de ver, que, disponer de pozo y pila en casa para lavar no significaba que la gente no fuera también al río. Había ocasiones y circunstancias para todo: *“Nosotras lavábamos en pozo y pila y luego nos íbamos a las ramblas los domingos, cogíamos la merienda para comer allí, además de que lavábamos las sábanas con jabón”* (Rosa M.). Incluso, a veces, era

La pila junto al pozo, es una constante en casas solariegas –como la de la izquierda del Barrio Latino– pero también las encontramos en hogares humildes como en esta cueva de Bácor-Olivar y como se aprecia en los Planos de Guadix de 1931²⁹. Fotos: Isabel Cambil y Maribel Diez.



²⁹ En los Planos de Guadix de 1931 del Archivo del Instituto Geográfico Nacional aparecen diseminados numerosos pozos con lavadero repartidos por las distintas zonas de las cuevas de Guadix. Garrido García, 2017.

De los lugares de lavado

hasta los años 70

una excusa para poder relacionarse con otras mujeres si el marido era celoso y estaba siempre controlando, tal y como apunta Antonia. En el resto de hogares, lo normal era que las mujeres salieran al exterior para lavar toda la ropa al carecer de pozo.

Dependiendo de dónde se vivía, se tenían unas zonas habituales de lavado que variaban según el caudal, la ocupación por otras mujeres, el tipo o volumen de prendas, incluso del riego. Uno de los lugares más frecuentados en Guadix, era la explanada de la ermita de San Sebastián donde la corriente del río Verde o Guadix quedaba estancada permitiendo este tipo de tarea sin dificultad. También lo eran los diferentes tramos de las acequias La Ciudad, Ranas, Chiribaile, Lupe, Sobrina, El Palo... Todos ellos muy nombrados por las mujeres a las que hemos entrevistado³⁰. Estamos hablando de unas tierras muy ricas en hidrografía con importantes vegas irrigadas por redes de acequias, y estas van a ser, precisamente, las infraestructuras utilizadas a lo largo de centurias por las mujeres del territorio. Siguiendo en Guadix, tomamos como ejemplo la particularidad de su vega al estar regada por una red de acequias que extraen el agua de unas galerías subterráneas llamadas tejeas –excavadas bajo el cauce de río o rambla–³¹. Este ingenioso sistema permite que siempre estas conducciones lleven agua puesto que la reciben “del acuífero subálveo del río, siempre empapado, mientras que la corriente superficial puede desaparecer en verano”. Por consiguiente, estos elementos también han facilitado el desempeño de la colada a sus vecinas³².

Así mismo, las fuentes orales mencionan otros lugares habituales de lavado como las ramblas de El Patrón, Zalacos o de San Antón, Paulenca, de la Cruz..., en los molinos Hernández o del Tanque, el Molino Peñuela..., en el camino del Magistral, en la Cuesta de los Madriles, a los Cerros de Medina, en huertas como las Pastoras, de Carlos Abellán, el Cáliz, las Plazas e, incluso, del tramo de la acequia

³⁰ Las comarcas de Guadix y Baza cuentan con numerosos ríos y ramblas que aquí no detallamos, pero nos dan el alcance de las posibilidades de encontrar testimonios en su uso.

³¹ Construcciones hidráulicas de probable origen árabe, cuya finalidad era conseguir el máximo de agua del nacimiento con la mayor garantía de pureza. Maryelle Bertrand y José Ramón Sánchez Viciano, “Canalizos y tajeas, dos sistemas de canalización de agua mediante galerías subterráneas en las altiplanicies granadinas. Andalucía Oriental”, en *Arqueología y Territorio Medieval*, 16, (2009), 151-178.

³² Garrido-García, José Antonio, *Vega de Guadix y Cerro del Humilladero. Guía del visitante*. Ayuntamiento de Guadix, 2015.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Vecinas del barrio del Colmenar lavando en el Caño de San Antón, Guadix. Foto: Antonio Moreno Morillas, ca. 1960

de Paulenca que pasaba por el lado de la almazara como un acueducto y así numerosos lugares con nombres propios, además de las pocillas, balsas como la Panderona, y "las cunetas" y tejeas dispersas por el paisaje circundante. Todos ellos ramales con salida hacia el río Fardes y de aquí al Guadiana Menor.



Antiguo lavadero privado de tres viviendas de la alquería de Zúchar en la acequia del Almecín. Foto: Maribel Díez Jiménez, 2022

Una misma familia, aunque tuviera tendencia a lavar en un determinado lugar, a lo largo de los años, solía frecuentar muchos más. Tenemos constancia de que se trasladaban, incluso, varios kilómetros hasta el Puente la Bomba; por ejemplo, algunas porque sus abuelas vivían por allí (M^a Carmen Aguilera Fernández -Guadix-)



De los lugares de lavado

hasta los años 70

y otras porque vivían por aquellos contornos. Muchas recuerdan a lavanderas de Guadix que se desplazaban expresamente hasta esos lugares y cómo se pasaban todo el día llevándose algo para comer (Matilde Latorre Fernández –afueras de Guadix–). Pero la dificultad no viene tan sólo por las distancias recorridas cargadas de ropa sino también por la orografía propia de esta tierra, especialmente para las que vivían en alguno de los cerros de la comarca accitana: *“Mi abuela vivía en el cerro Kabila –Benalúa–, imagínate cuando tenían que ir a lavar, cargadas y volver a subir. Y si era invierno, ya sí que era un horror: con la nieve se resbalaban y se caían”* (Encarnación L.S.)

En el caso de las vecinas del barrio de la Estación de Guadix, accedían a otras acequias de la ciudad más cercanas a su entorno: *“Yo iba con mi madre y nos recorriamos desde la Estación todas las acequias que había por abajo, una se llamaba Tarifa, otra Los Membrillos, pero agrandaron la carretera, construyeron pisos y ya no podíamos ir. Había unos sifones y cuando se ponían a regar salía el agua”*. (M^a Carmen L.)

También con relación a todo lo expuesto, hay otros relatos reveladores. Por ejemplo, nos cuenta Dolores B.A. que en la calle de La Gloria vivía una mujer originaria de Dólar por cuya vivienda pasaba la acequia de La Ciudad y, a veces, cuando la veía junto a su madre les decía: *“Pasen ustedes aquí, no se vayan al río”*. Otro tramo de la misma acequia pasaba por una casa que se conocía como “Ca la Tita” y, cuando no había gente lavando, algunas se quedaban allí para hacer la colada:

“Cuando teníamos poca ropa la íbamos a buscar al pozo de mi tía Lourdes, pero como era muy profundo, acabábamos rendidas, no de lavar, de sacar cubos de agua. Si era mucha ropa, entonces al río. He recorrido todos los ríos. Empezando en la calle La Gloria y terminar en el río, la tejea. . . , este laberinto todas las semanas. (Dolores B.A.)

De igual manera, se deberían subrayar todos y cada uno de los espacios que las mujeres de las alquerías, cortijos y pueblos del amplio territorio del Geoparque, conocían y utilizaban para dicha actividad. Ello daría una visión más acertada de los innumerables espacios transitados y ocupados a este respecto. Por ejemplo, en la localidad de Fonelas, nos han hablado de una única acequia,

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Acequia Del Lugar, Fonelas. Foto:
Mónica García Moya, 2022



conocida como la del Lugar, del río Fardes y de un nacimiento de agua en la parte alta del barranco, además de la fuente cercana a la iglesia. Estos ámbitos eran los frecuentados por las lavanderas. Sus vecinas no llegaron a conocer nunca las ventajas de los lavaderos públicos. Por lo que respecta a las mujeres de Lopera, dispusieron de varios lugares para el lavado, como el tramo de acequia y o el río Fardes, además de dos fuentes principales, la del Frontal y la del Lejío. Esta última se acondicionaría en los años setenta como lavadero público, tal y como hoy lo conocemos. Nos cuenta Angustias Huertas Fernández, de Lopera, que el agua de la fuente de Peñas Prietas, emplazada en el Barranco del Moro, era muy abundante y alimentaba a los pueblos de Cortes, Graena, Los Baños y la propia Lopera.

En general, y, prácticamente en toda la zona norte de la provincia de Granada, para lavar en las acequias, ríos, etc., las mujeres se llevaban el lío de ropa sucia junto con la tabla de madera, el jabón, un cubo -que a veces aprovechaban y lo subían lleno de agua para casa-, canastas de caña, tabaques, paneros de esparto o barreños de zinc o lata. En ocasiones, cuando iban al río, antes de ponerse a lavar cogían piedras y las ponían en fila para construir una poza. De esta manera, aprovechaban más el uso del agua.

Si las mujeres preveían que iban a volver al cabo de unos días y había confianza con la gente del lugar donde estaban lavando, dejaban la tabla y la ropa en remojo. En el río Verde, a la altura del Vivero, había un comerciante que tenía una caseta para que las mujeres dejaran la ropa o lo que quisieran. Probablemente, cobraba algo por ello:

De los lugares de lavado

hasta los años '70



Antiguo lavadero público de Dólar levantado en el siglo XIX y situado frente a los Baños Árabes.
Foto: Maribel Díez Jiménez, 2022

Las mujeres de aquí del barrio de Santa Ana iban mucho a la acequia Ranas, por encima del Vivero que está el molino del Tanque o Hernández. Iban allí una pila de mujeres con los trapos a cuestras y la que no terminaba de lavar, la dejaba allí, en el molino, la ropa por la noche para al otro día seguir, y le cobraban una perrilla por unos pantalones, una gorda a lo mejor por un abrigo, y aquel molino con la acequia Ranas tenía fama del "lavao" (Ana S.R.)

Íbamos a la acequia, al Molino a lavar, llevábamos la tabla y nuestros trapos. Los poníamos al sol, le echábamos agua para que se fuera toda la mugre de los trapos. En el río, había unos "paerones" [paredones] muy grandes de piedras y tela metálica y allí tendíamos la ropa. Otras veces, la tendíamos en pinchos que había en las puertas de las casas. (Angustias B.S.)

"Echar un ojillo de jabón"

En cuanto al empleo del jabón, destacamos su importancia por varias razones. Por su valor mercantil, por los conocimientos para su fabricación y por ser el elemento imprescindible que, durante siglos, ha sido empleado para la

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Carmen Pérez López lavando 'unos trapillos' en un barreño en la placeta de su cueva sin agua corriente, Guadix. Fuente: Archivo familia Miranda Leyva

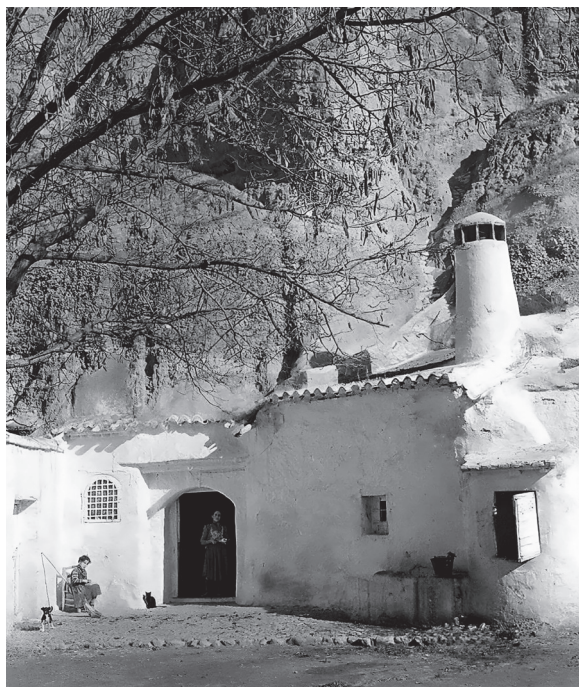
higiene personal y doméstica, así como el único medio a mano en los hogares para desinfectar y mejorar la salubridad de los objetos y de las personas, sin olvidar su valor ecológico.



Mujeres con sus cubos y ropa haciendo la colada, Bejarín. Fuente: Eloisa Santisteban, 1953

De los lugares de lavado

hasta los años 70



Pozo y pila de lavar en la placeta de la cueva, Cañada Ojeda, Guadix.

Foto: Antonio Ortiz Leyva, 1956

Las referencias documentales más tempranas de esta tierra que nos relacionan a las mujeres con el jabón, nos remontan a principios del siglo XVI, cuando el matrimonio conformado por Francisco Romaylí y Beatriz Romaylia, vecinos de la villa de Caniles arrendaron el estanco y la venta exclusiva de este producto. Los Reyes Católicos habían arrendado la renta de las jabo-

nerías a los Concejos y estos, a su vez, a terceros. En un principio, los vecinos no podían fabricar jabón casero y estaban obligados a comprarlo en los lugares autorizados para ello, como la casa del jabón o la alhóndiga³⁴. Diferentes condiciones hacían de esta sustancia un bien preciado: vaivenes y restricciones sobre quienes podrían fabricar y vender jabón, normas para su elaboración -aceite o sebo, salitre y ceniza-, fuertes inversiones de capital en su fabricación, dado el alto porcentaje que representaba la materia prima en el costo final de la producción, o el propio y peculiar proceso de su elaboración³⁵. En el siglo XVI, su precio debía corresponder al de la libra de aceite, aunque el jabón fabricado con sal de barrilla, en lugar de con sosa, era de mejor calidad y más caro. La ceniza que producían los baños y los hornos era muy demandada, no sólo para la elaboración del jabón sino también para abono de huertas y árboles frutales. Es por ello que las ciudades de Baza y Guadix solicitaron a la Corona la concesión para sus propios concejos de la renta del jabón, dados los abultados beneficios que esta generaba.

Por lo que se refiere al lavado de la ropa y la eliminación de las manchas, tradicionalmente, se utilizaba la combinación del jabón con el sol y el agua, pues, aunque la lejía o cloro se conocía desde el siglo XVIII, aquí prácticamente no

³⁴Castillo Fernández, 1997: 174-186.

³⁵Espinar Moreno y Espinar Jiménez, 2013: 81-102.

sería usado hasta la segunda mitad del siglo XX por razones económicas. Como curiosidad, en 1898, en la prensa accitana, se daba a conocer un nuevo producto que seguía el novedoso método sin jabón, propuesto por un lavadero, de París que utilizaba patatas cocidas en vez de los productos anteriormente citados³⁶. No sabemos si las mujeres de esta tierra hicieron uso de este invento, de lo que sí tenemos certeza es que, en un número importante de hogares, unas mujeres elaboraban jabón para todos los usos: *“El jabón casero era el mejor, que curaba hasta las heridas”* (Mercedes Valverde –Guadix–), otras lo compraban –en Guadix, por ejemplo, estaba la fábrica de los Caballeros–, siendo en los años franquistas un producto escaso y de lujo.

Yo lavaba por encargo. Pagaban muy mal, dos gordas la sábana, pero nos daban jabón y ya nos quedaba para nosotras, incluso, algunas lavanderas ahorraban y lo vendían. En cada casa, te daban un trozo de jabón; pues, tú, con ese lavabas la ropa de otra casa y el que te quedaba pues lo aprovechabas o lo vendías. (Encarna Peral Hernández –Guadix–)

Unas vecinas de La Calahorra rememoran una anécdota que les ocurrió en relación al preciado valor del jabón:

*Un día estábamos lavando en el río con una amiga que hoy está en Barcelona, con un pedazo de jabón tan hermoso, y se nos fue tó río abajo. No se nos ocurrió otra cosa que coger un cubo en lugar de una canasta que tiene agujeros... ¡Vaya inteligencia la nuestra! Entraba el jabón al cubo, pero también entraba agua y se salía el jabón... otra vez el jabón río abajo y nosotras tras él. No lo cogimos hasta bien lejos y se quedó el jabón en corteza, en ná. ¡Anda que hoy íbamos a ir por el río detrás de una corteza de jabón!*³⁷

Este empleo del jabón variaba en función de las casas para las que trabajaban las lavanderas: *“Las señoras nos daban el justo y, si quedaba un poco, lo tenías que devolver”*³⁸.

³⁶ El Accitano, 30 de octubre de 1898, 367

³⁷ Dato extraído de unas entrevistas realizadas a mujeres del Marquesado del Cenete y aportado por Encarna Morillas Mesa.

³⁸ Díez Jiménez y Rey Merino, 2014: 51

De los lugares de lavado

hasta los años '70



Jabón casero cedido por la ONG Solidaridad Honduras para la Ruta Soleando el río de la vida³⁹. Foto: Maribel Díez, 2021

Aún a día de hoy, hay vecinas que continúan fabricando su propio jabón casero, aromatizado con hierbas y ampliando sus usos para la lavadora, convirtiéndose, además, en un objeto muypreciado de regalo.

Las mujeres, que vivían en los cortijos o casas de campo, tenían a su alcance la barrilla, que es una planta que crece en terrenos arenosos y salados cuya ceniza es muy rica en sales alcalinas. Sirve para la elaboración de sosa, para la ceniza de la lumbre y se empleaba tradicionalmente para blanquear la ropa. Así las hermanas María Dolores y Antonia de Fonelas nos refieren cómo lo hacían su madre y abuela y que viene a coincidir con su elaboración desde el siglo XVI. Pocas son las mujeres que recuerdan lavar sin jabón:

Cuando no había dinero para comprar jabón, se mezclaba agua hirviendo con ceniza y era la forma más barata de lavar (...), después ya tuvimos el jabón de la marca Flota que echaba mucha espuma y era muy jabonoso y también hacíamos jabón natural que se hacía en las casas con materiales sobrantes –grasas, aceites...– También llegamos a utilizar Punto Rojo y lejía para las sábanas para cuando había manchas de regla de las mujeres. (María M.)

FÓRMULA TRADICIONAL PARA LA ELABORACIÓN DEL JABÓN CASERO

INGREDIENTES: 3 litros de agua, 3 litros de aceite usado y medio kilo de sosa.

ELABORACIÓN: Mezclar el agua y la sosa hasta que ésta se disuelva. Esperar 10 minutos hasta que se enfríe la sosa. Se va añadiendo el aceite y moviendo siempre en la misma dirección hasta que espese. Se vierte la mezcla en un recipiente y se espera hasta que se solidifique para desmoldar y cortar en trozos. Esperar aproximadamente un mes para utilizarlo. Esta elaboración es en frío, pero también se puede realizar en el fuego calentando el agua. A partir de aquí, se pueden hacer variaciones añadiendo aromas, flores, etc.

Composición aportada por Josefina Martos Huertas

De lo que no cabe duda alguna, es que la expresión un “ojillo de jabón” ha sido de las más usadas por nuestras relatoras y viendo el valor mercantil de este producto en el pasado, se hace todavía más comprensible la importancia que tenía para ellas.

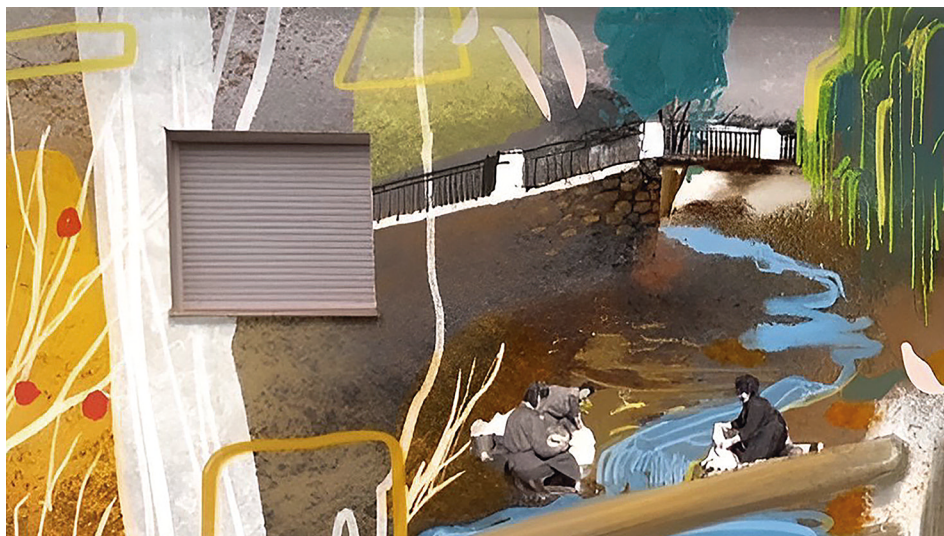
Dificultades, condiciones adversas y “usos indebidos”

Dependiendo del lugar, acudían habitualmente las vecinas de los barrios más cercanos, siendo ampliamente conocedoras de las diversas condiciones naturales, geográficas, incluso, hidráulicas de la zona. La expresión “¡Qué va a subir el tajo!” significaba que se iba a cambiar la dirección del agua de una acequia aumentando su caudal, circunstancia que, rápidamente, aprovechaban las lavanderas para llevar a cabo su trabajo:

Cuando salía el río y venía el agua turbia nos teníamos que ir a los barrancos de atrás. Un día, había muchas nubes y le dije a una mujer: “Cójase usted la ropa y venga”, “No, me contestó, que tengo que aclarar esto”. Le dije: “Que se la lleva la nube”. Más tarde, cogieron a la mujer por allí abajo, por lo alto del agua. Otras veces, cortaban la acequia hasta cuatro días o venía turbia y no se podía lavar.

De los lugares de lavado

hasta los años 70



Detalle de 'Grafitis por la Igualdad'. Lavanderas de Aldeire en el río. Foto: Encarna Morillas, 2021. Autor: Pablo Nake

Entonces, no nos quedaba más remedio que ir a por agua a un pozo y pagar por ella. (Antonia M.M.)

Algunos ejemplos de dificultades y sobresaltos, hoy hablaríamos de riesgos laborales, que conllevaba trabajar y vivir tan en contacto con la naturaleza y con el agua, quedan bien patentes en la memoria de una de nuestras relatoras:

En las pocicas de san Antón, había un lienzo de tierra grande, una pared, que con una tormenta se cayó y si llega a pillar a las mujeres que siempre iban a lavar allí, las mata a todas. Otro día se cayó un niño y el agua lo arrastró, ¡suerte que pudieron sacarlo! Recuerdo también que una mujer se ahogó en la boca la balsa, no sabemos si se cayó o se tiró (...); tampoco era pequeño el susto que nos daban los toros de Lugros cuando bajaban hasta Gor para torearlos. Los oíamos bajar con los cencerros y todas las mujeres que allí estábamos lavando subíamos corriendo a lo alto. (Carmen García Casas –Guadix–)

Una situación, por lo demás, muy habitual en un territorio de clima mediterráneo-continental, con veranos y fríos extremos:

En invierno, cuando nevaba, como no podíamos salir ni entrar –hasta una semana– y las cuestas eran tan empinadas..., mi madre cogía un cubo y derretía la nieve para dar agua a los animales. Aunque con mal tiempo, procurabas no tener que ir a lavar. Un día de invierno, había nevado, nos cogió la ropa con un ojo de jabón, y me

dijo mi madre: "Merceditas, ¿por qué no bajas al chorro que hay en la ramblilla y aclaras la ropa de papa que está en jabón ya todos estos días y no podemos aclararla? Bajé, hice una poza rompiendo el hielo y, rodeada de nieve, aclaré la ropa. El agua estaba tan helada, hacía tanto frío que se me quedaron las manos y los pies congelados. Yo, llorando del escozor en los brazos y en las manos, rabiaba de dolor y, cuando subí a mi casa, me dijo mi madre que me las metiera debajo de los brazos –axilas– y así se calentarían y ella también me las frotó. (Mercedes P.V.)

Cuando íbamos a lavar y no teníamos con quién dejar a los niños, nos acompañaban y se ponían a jugar por ahí en la ramblilla. Un día, se me cayó mi Andrés desde lo alto de las pilas del lavadero –San Antón– y lo tengo inútil de un brazo desde entonces. Trabaja y todo, pero el codo lo tiene mal. (Mariana L.)

Sin embargo, no siempre se podía prever con antelación los cambios de caudal ni del tiempo, con los consecuentes accidentes, incluso mortales, que han marcado la memoria colectiva de generaciones enteras a raíz de ello. El caso que se expone a continuación ayuda a visualizar las duras y comunes condiciones de trabajo, y prueba uno de los extremos a los que se puede llegar. Ocurrió el terrible suceso a comienzos de abril de 1893. Ese día, *la accitana* Ángeles Morales Aranda acudió en compañía de su hijo Antonio a lavar la ropa blanca a la rambla de Zalacos, cuando llegaron a las dos de la tarde el agua estaba bastante crecida y se desencadenó una tormenta. Se refugiaron en un pequeño cobarrón, pero la corriente los arrastró. Un vecino logró rescatar con vida al niño, aunque fallecería al poco, mientras que la mujer logró salvarse gracias a la intervención del médico Daniel López Ocaña. Es, por ello que, a los pocos días, Aureliano del Castillo denunciaba desde las páginas de *El Accitano* las enormes dificultades que tenían que sortear las mujeres accitanas para lavar la ropa. Su exposición fue más allá demandando públicamente la construcción de lavaderos públicos para evitar la pesada carga y las difíciles condiciones a las que estaban sometidas aquellas mujeres que tenían que acudir a estos lugares⁴⁰. De igual modo, consideraba que podría ser fuente de ingresos para el municipio, en función del canon que se pagara por el uso de estos espacios:

⁴⁰Del Castillo, 1893: 76.

De los lugares de lavado

hasta los años 70

Existen en todas las poblaciones, aún en aquellas de poca importancia, lugares determinados por los Ayuntamientos y por los mismos construidos, donde pueden las lavanderas dedicarse a su penosa faena de la manera más cómoda y segura posible. Decimos cómoda, porque estando estos lugares situados dentro o inmediatos a la población, evita las molestias del transporte de ropas y las de un largo camino, cuando, como sucede en esta ciudad, los parajes elegidos para las operaciones del lavado de estas últimas se encuentran a no corta distancia del pueblo y en medio de los ríos y ramblas. En la memoria de todos está vivamente gravado aún el triste recuerdo de las desgracias ocasionadas en los pasados días, efecto de una tormenta que trajo como consecuencia la rápida y enorme crecida de la rambla llamada de Zalacos, o más comúnmente de san Antón, donde desde hace mucho tiempo se viene lavando por las vecinas del Colmenar y de la Magdalena. Así pues, y teniendo en cuenta que el espíritu de reforma y progreso que hoy domina en todos los órdenes es conocido y sentido por nuestro Municipio, nos atrevemos a indicarle la ejecución de estos lavaderos, que para la clase que puede utilizarlos tantas ventajas encierra y cuya construcción proporcionaría, en estos meses de escasez, trabajo con que algunos obreros que hoy viven problemáticamente pudieran alimentar a sus familias. Por otra parte, también podrían ser para el Municipio un origen de ingreso mayor o menor, siempre en razón directa de la importancia de estos lavaderos, en virtud del canon

Mujer haciendo la colada en el río, Guadix. Foto: Antonio Ortiz Leyva, 1955



que habrían de pagar las que los utilizasen, canon que nada gravaría los intereses de las lavanderas, pues que estando estos sitios dentro o muy cercanos a la población ganaban en tiempo mucho más que pudiera importarles el estipendio de su uso, realizando con mayor limpieza y escrupulosidad su trabajo y, sobre todo, dejando de estar constantemente a las inclemencias del tiempo que tanto daño proporcionan. Demostrada la utilidad de estos lavaderos públicos [...] Estúdiense por el Municipio el asunto que indicamos, hágase el oportuno proyecto y por último llévase a cabo esta obra tan necesaria consultando siempre la economía.

En el recuerdo de vecinas y vecinos de todo el territorio Geoparque se mantiene fijo este tipo de situaciones complicadas y desgracias propias de las catástrofes climáticas.

En otro orden, tras analizar algunos hechos recogidos en la prensa y en otras fuentes de la época, podemos afirmar que la relación entre las lavanderas y las respectivas autoridades locales no debió ser siempre fácil. Sobre todo, porque la actividad de estas estaba subordinada no sólo a los correspondientes decretos municipales sino también a los particulares intereses de las comunidades de regantes y otras conveniencias, controlados mayoritariamente por varones, que poco valoraban las dificultades del trabajo de estas mujeres. Al respecto, podemos aportar una noticia muy interesante. En Guadix, al final de la calle san Torcuato pasaba la acequia de la Ciudad, cerca de los llamados cubos del molino donde existía una compuerta que desviaba el agua que regaba las huertas colindantes. Una parte de esta acequia estaba descubierta lo que constantemente ocasionaba problemas de uso, hasta el punto que en 1897 se sucedieron voces que reclamaron cubrir ese trozo de acequia para evitar usos indebidos. A tal extremo, incluso, era utilizado por algunas “furtivas lavanderas” provocando por ello ciertas críticas por el mal uso del agua. Así, apareció reflejado en *El Accitano* en un artículo titulado “Lavadero público” donde se achacaba, despectivamente, a la pereza de algunas mujeres que, al no querer desplazarse hasta el río, habían convertido casi en un lavadero público esta parte tan importante de la acequia de la ciudad:

Hemos notado que muchas mujeres que tienen indudablemente pereza para

De los lugares de lavado

hasta los años 70

ir al río, que tan cerca está de la población, convierten en público lavadero la acequia de la ciudad, frente al molino de este nombre, en la calle de san Torcuato y resulta que las reminiscencias y aguas de jabón, al estrujar los trapos, no caen a la acequia, porque las lavanderas tuercen sus brazos, las vierten en el borde y van calle de san Torcuato abajo. Es seguro que la autoridad no tiene noticia de ello, que de ser así lo hubiera evitado y que sus agentes no habrán llegado a tiempo de presenciar caso alguno, como tampoco es posible esté allí una pareja vigilando a las furtivas lavanderas, por lo cual hay el medio sencillo de poner unos renglones que hagan saber no se puede lavar allí bajo la corrección correspondiente y es cierto que con esta medida bastará para curar el mal de raíz y si a ello se añade la aplicación de la pena, en el primer caso que se dé, la medicina será de santo⁴¹.

Por otra parte, en el *Libro municipal de registro de multas de Guadix* y en plena Guerra civil, concretamente el año 1938, aparecen multadas cinco vecinas de esta localidad: María López Rodríguez, Carmen Vázquez, Carmen Esquinas, María Jiménez y Dolores Ruiz Cruz, las tres últimas del barrio de Cuatro Veredas. Todas lo fueron “por lavar en la Rambla el Piojo”⁴². La denuncia fue interpuesta directamente por los guardias municipales junto con la autoridad responsable en sanidad. La sanción que se les impuso fue de 15 pesetas en octubre a las dos primeras denunciadas y 25 pesetas a las otras tres en el mes siguiente. Al hilo de estos datos, resulta algo incomprensible el motivo de esta diferencia de cantidad en la sanción, en menos de un mes, y puesto que las cinco mujeres habían incumplido la misma normativa. Si hubo otras infracciones por esta misma causa, no lo sabemos puesto que quien registró a partir de 1939 las distintas penas dejó de apuntar los correspondientes nombres de las infractoras anotando en su lugar: “Por infracción de bando”.

Otros motivos por los que fueron multadas algunas vecinas de Guadix –en número muy inferior al de los varones, así como las causas– serían por el intercambio de jabón –y la denunciante es otra mujer (Abastos)–; por pastoreo abusivo (Agricultura); por cortar álamos (Agricultura); por hurto

⁴¹El Accitano, 292, 30 de mayo de 1897

⁴²AHMG. 2.554.1 Lib. 50, Libro municipal de multas.

de frutas (Abastos); por coger flores del Parque (Fomento); por venta abusiva de uva (Abastos); por negarse a servir leche (Sanidad). Al hilo de estos datos, comprobamos que las mujeres eran especialmente sancionadas dentro de la sección del Abasto. Las cantidades oscilaban entre 15 y 100 pesetas, a excepción de una multa a Encarnación Pérez Vaca, de 450 pesetas por riego abusivo y reincidente, también en 1938.

Todavía a mediados del siglo XX las lavanderas tenían que sortear todo tipo de dificultades. En 1955, como algunas mujeres lavaban en los caños de Guadix, se almacenaba tal cantidad de jabón que, cuando las aguadoras y particulares, acudían para recoger agua o bien tenían que esperar a la noche para hacerlo o bien ir al caño de Santiago por sus aguas saludables⁴³. Debemos tener en cuenta que todavía estos caños eran lugar de aprovisionamiento humano y animal, por lo que este uso indebido acarrearía malas condiciones de salubridad pública. Por ello, ya desde 1952, el consistorio accitano inició los trámites para la potabilización del agua dado que los lugares habilitados para abastecer a la población de agua salubre, los caños de Santiago, San Antón, el del Hospital, o el de Santa Ana, cada vez resultaban más insuficientes por el crecido número de población vecindada en cada barrio y por todo lo reseñado anteriormente.

Pese a la propuesta de 1893 –probablemente hubo otras– y las pésimas condiciones de trabajo de las mujeres, estas tuvieron que continuar lavando a la intemperie y buscando el mejor lugar o el más cercano hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Afortunadamente, para 1956, la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir ya tenía realizado el proyecto de agua potable de la ciudad que, al poco tiempo, se vio materializado y el “uso indebido” del agua de los caños dio pie a la instalación de lavaderos propuestos por la Junta municipal de sanidad.

⁴³Acci, 15, 18 de junio de 1955.



Lavadero publico de Cortes Oeste, en la parte inferior derecha. Finales años 70.
Foto: Maryelle Bertrand y José Sánchez Viciano

LOS LAVADEROS MUNICIPALES, EL PREVIO A LAVAR EN CASA

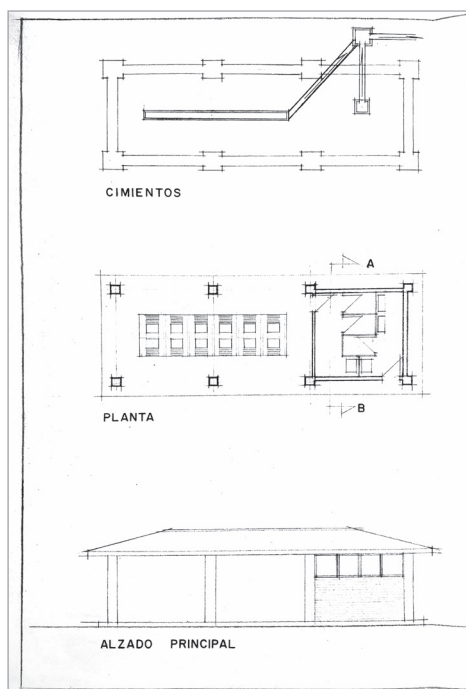
Acabamos de ver cuál era la antesala a estas construcciones populares que fueron los lavaderos públicos sufragados por los ayuntamientos. Su construcción parece que se debía más a los problemas adicionales que las lavanderas provocaban que a mejorar las condiciones laborales de las mujeres, profesionales y particulares, ya que de ser así, deberían haberse construido décadas antes en las que ya se denunciaba su necesidad. Sean cuales fueran las razones de la edificación de estas infraestructuras, resultaron una mejora en las condiciones físicas para las lavanderas. Además de a los ríos, las lavanderas, tras la construcción de lavaderos públicos, preferían acudir a estos espacios, no sólo por ser lugares más idóneos para la colada sino sobre todo porque la incorporación de pilas y grifos o caños facilitaban las tareas y porque la calidad del agua era mejor. De hecho, la buena limpieza de la ropa repercutía en la salud de las personas. En las ciudades de Guadix y Baza, fueron muy importantes y en ambas han desaparecido. En el caso de la segunda, estaban situados en el transcurso de los dos grandes cauces de agua corriente de la ciudad: el Caz Alto o la Fuente de San Juan y el Caz Mayor, siendo el más importante el situado en la llamada zona de Casicas. Eran conocidos por su buena calidad de agua, de la que incluso bebían, y un buen resumen de ello sería el dicho popular “agua corriente no mata a la gente”.

Centrándonos en el núcleo urbano de Guadix y que se tenga noticias, cuatro fueron los lavaderos públicos que existieron. Fueron construidos entre finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado: el de la Cañada de los Perales, el de Cuatro Veredas, el de los Cerros de Medina y el de San Antón. Este último, que se construyó en 1970 con un presupuesto de 23.300 pts., tuvo un recorrido diferenciado del resto, puesto que previamente existía un caño en las “pocicas” que se utilizaba para hacer la colada. Su agua es de manantial, nace encima de la Rambla Zalacos y no es potable; en cuanto al resto de lavaderos, recibían el agua de la red general y era potable. El lavadero de Cuatro Veredas recuerda Mari Carmen Rodríguez –Guadix– que estaba cerca del colegio Padre Poveda, donde hoy vemos un parque infantil. Allí iba con su madre a lavar y tender.

De todos ellos, el más conocido y utilizado fue el lavadero de la Cañada de los Perales, construido en 1968 junto a una “caseta del guarda” que existía en esas fechas. Este último espacio aparece referenciado en los documentos “... la

Los lavaderos municipales,

el previo a lavar en casa



Planta y alzado del lavadero municipal, aseos y vivienda en la Cañada de los Perales, Guadix. 1968⁴⁵

comisión municipal concede a F. S. C. el disfrute de la vivienda existente en el Lavadero municipal, con la obligación por su parte de atender al cuidado, vigilancia y limpieza del lavadero...”, pero sabemos que siempre fue Antonia María Lorente García –Guadix– la encargada del mismo, a pesar de no figurar en el documento. Este es uno de los muchos ejemplos en los que las fuentes documentales nos aportan nombres masculinos como laborantes

cuando en realidad el trabajo y responsabilidad fue desempeñada por ellas. Cuenta Antonia que uno de los principales problemas que allí se generaba era que las lavanderas no cerraban los grifos, dejando correr el agua y desperdiciándola. A este respecto, incluso, reproducimos sus mismas palabras cuando, años más tarde, les preguntaba a sus vecinas si en sus casas cerraban o no el grifo. A lo cual estas solían contestar: *“¡Pues claro que lo cerramos!”*.

La propia Antonia fue la encargada de tener que cerrar, bajo su responsabilidad, los aseos públicos que allí se instalaron porque habitualmente las usuarias los dejaban muy sucios. El lavadero estaba siempre abierto excepto un día a la semana, bien el sábado o el domingo que era cuando María procedía a su limpieza. En los tres restantes lavaderos, como en la mayoría de los municipios del territorio, eran las mismas vecinas, según nos cuentan, quiénes los mantenían y cuidaban.

Podemos puntear cómo eran estos espacios arquitectónicos de lavado comunes tal y como nos lo cuentan las mujeres entrevistadas, puesto que ellas mismas han visto cómo estos han ido evolucionando y cambiando a lo largo de los años. Por ejemplo:

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Vecinas lavando en el lavadero público de Hernán Valle.
Foto: María Viñas, 2021

El caño de San Antón nace encima de la rambla Zalacos, es agua de nacimiento y, aunque pone no potable, nosotros hemos bebido siempre. Antes de hacer el lavadero, en el caño había una poza para lavar ¡y con cada rata! Debe hacer unos 50 años que los hicieron. Encima del caño, debajo de la Era Alta, había unas pocillas que estaban en la ramblilla Zalacos y se juntaban con la rambla las Mimbres. Cuando hicieron los lavaderos con 8 pilas, 4 en cada lado, pusieron un techo de uralita. No se podía ni andar, siempre estaba lleno de barro y de animales. (Encarnación C.P.).



En el recuerdo de los vecinos y vecinas del barrio del Colmenar, por ejemplo, permanece la idea de que este lavadero, además de hacerse tarde, poco antes de la llegada del agua potable, se deterioró al poco tiempo de su construcción.

En otros casos, afortunadamente, este tipo de estructuras se ha mantenido en pie. Por lo que se refiere al lavadero que se conserva en la vecina localidad de Hernán Valle, restaurado en 2014, forma parte ya de la memoria colectiva y del urbanismo de dicha población. No es un caso aislado, hay otros muchos dentro de la comarca accitana, algunos conservados en mejores o peores condiciones, como el de Sillar Baja –en proceso de restauración– y los ya desaparecidos como el de Alcudia. Ya se ha subrayado que no había horario ni día para dicha tarea y unas vecinas de Gor lo recuerdan en relación con el lavadero de esta localidad⁴⁶:

⁴⁶ Testimonios obtenidos del documental 'Palabras y expresiones del Geoparque' realizado por el alumnado del CPR "Tres Fuentes" de Gor, Gorafe y Hernán Valle. https://www.youtube.com/watch?v=05yjop0LB28&t=16s&ab_channel=Jos%C3%A9Mart%C3%ADnezGonz%C3%A1lez.

Los lavaderos municipales, el previo a lavar en casa

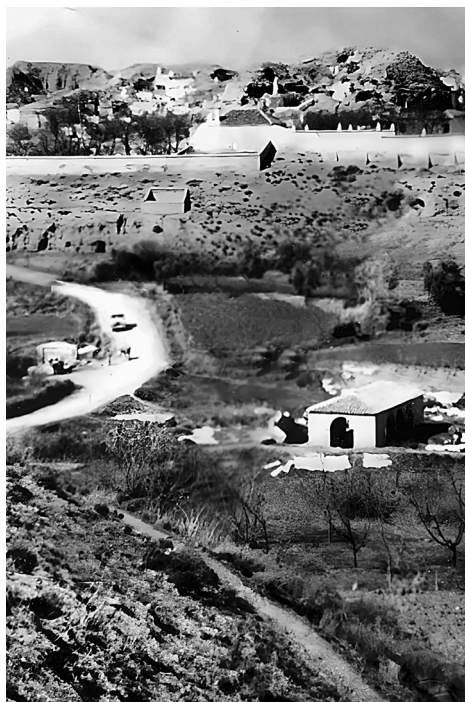
Veníamos muchas veces por la noche cuando mi chacha cerraba la tienda con el candil porque había una luz muy mala. Yo chiquitilla, allí en el rinconcillo y me decía: ¡Niña no te vayas a dormir! Una noche, cuando fuimos a echar mano del cubo, se había pegado con el hielo del frío que hacía.

Solíamos venir de noche, porque de día era tal la gente que había para lavar que era imposible coger vez. Es que había gente en fila.

A veces, corría poca agua por el lavadero y nos peleábamos por las primeras pilas. También poníamos un trapo en el centro –por donde corre el agua– para que nos cayera más agua en nuestra pila.

El lavadero público de Venta Quemada, pedanía del municipio de Cúllar, fue rehabilitado siendo su estructura original del primer tercio del siglo XX: "Tiene

Lavadero público de Graena.
Foto: José Sánchez Vicianá



Lavadero público de Belerda, años 90 y actual infraestructura cultural en el mismo. Foto: Magdalena Avilés García



Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

Mujeres de Venta Quemada -Cúllar- en el lavadero municipal.
Foto: María Viñas, 2021

más de 100 años”, informa María M., con 10 balsones por cada lado y, actualmente, el vecindario se encarga de mantenerlo.

En Darro existían dos lavaderos, uno ubicado la Calle Real, la fuente era grande con 12 caños, donde las mujeres se ponían de rodillas para lavar y en el otro, que era techado, se lavaba de pie. Este último lavadero desapareció cuando llegó el agua potable y, en su lugar, actualmente se emplaza el tanatorio de dicha localidad, según apunta Antonia M. M., quién tras vivir en Fonelas o Almería reside en Darro.

El caso más singular es el de Lopera con uso completamente activo hasta hace bien poco:

En Lopera, primeramente lavábamos en la acequia, y después ya hicieron el lavadero. Eso fue ya un alivio porque si llovía o hacía sol no nos daba, además el agua de estos caños es recién nacía, buenísima, no pasa por tuberías. Cuando nos pusieron el lavadero lo hicieron con las dieciséis pilas ¡Era un sueño! (Angustias H.F.)

Cuando hicieron el lavadero en los años sesenta, que tenía yo diez años, pues aquello ya era un alivio porque no tenía que hincarme de rodillas, se lavaba de pie, además como el nacimiento del agua es en el interior

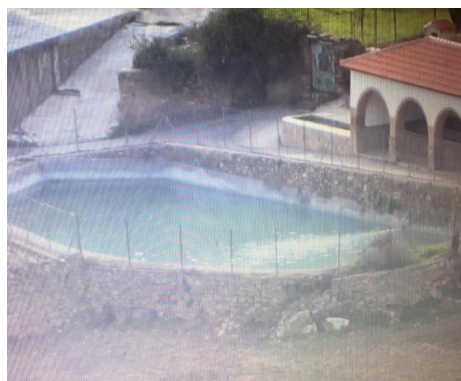
Lavadero público de Lopera rehabilitado en 2021. Foto: Maribel Diez



Los lavaderos municipales, el previo a lavar en casa



Era habitual encontrar junto a la fuente o caño, el lavadero, la balsa incluso un abrevadero, como en el caso de Charches. Fuente: Suselen Sánchez Salmerón.



de la montaña –El Lejío-pues aunque fuera invierno, no se nos quedaban las manos heladas. (Ana M^a H.H.)

En Charches, iban a lavar al pilar de los Siete Caños, del que recuerdan sus vecinas que bajaba muchísima agua. Detrás, había otro caño que iba a parar a una balsa;



Al lavadero les gustaba ir a jugar a los chiquillos, siempre “paquí y pallá”, pero al pasar por allí la carretera, inquietaban a las lavanderas en su tarea. En este lavadero, primero se lavaba de rodillas, pero después lo pusieron más alto y ya lavábamos más a gusto. También estaba cubierto y las mujeres tendían en sus casas. El lavadero lo usaba tó el mundo, tóCharches. (Dolores G.E.).

En el caso de Benalúa, tenemos otro testimonio bastante interesante al respecto:

En Benalúa había dos lavaderos con unos caños bien hermosos ¿sabes? Pero nosotras íbamos mucho a lavar a la acequia porque pasaba cerca de casa. Al lavadero, íbamos a lavar la lana que comprábamos pá los colchones cuando se iba uno a casar, aquello era más recogío que las cequias, luego nos la llevábamos y la secábamos en la casa venga darle vueltas y vueltas, hasta que se secaba.(Ginesa Molina Navarro –Benalúa–).

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada



Lavadero y balsa de La Calahorra. Foto: Encarna Morillas, ca. 1970

"Grafitis por la Igualdad" en el antiguo lavadero público de La Calahorra. Foto: Encarna Morillas, 2021



Vecinas del Valle del Zalabi en el lavadero municipal. Ayuntamiento del Valle del Zalabi

Que los diferentes municipios repartidos por todo el territorio del Geoparque dispusieran de lavadero municipal, no significaba que la mayoría de las mujeres acudieran allí para hacer la colada. Por ejemplo, en el recuerdo de Elena T.R., vecina de Exfiliana, permanece que, aunque en el pueblo había un lavadero en la Rambla del Peral, ella iba a lavar a la acequia del Chiribaile y a la Cocolilla, ya que el agua de ésta *"bajaba de la teja de Alcludia con un chorro muy apañado para poder lavar y que se embalsaba"*. Eran, pues, diversas las circunstancias que condicionaban la elección del lugar del lavado, en una misma familia.



*"Tú a regar al haza de la Noria, tú a la del Eucalipto y tú mañana riegas en los tres Álamos.
Nos decía mi padre a mis hermanas y a mí" (A.H.F.)*

"...teníamos que esperar a que nos tocara el agua para regar..." (E.P.T.)



OTROS USOS Y VÍNCULOS CON EL AGUA

Ya se ha mencionado que en las acequias, ramblas, balsas, fuentes, tajeas o ríos, además de los usos corrientes más habituales que eran lavar la ropa y regar, el aseo de las propias mujeres y su familia en verano, también se utilizaban para el lavado de la lana de los colchones, el remojo de muebles, esparto o lino, o para lavar las tripas de la matanza, que, normalmente, se realizaba en invierno, la remolacha, etc...⁴⁷ Lo normal es que se recogiera agua para después en la casa poder cocinar, dar de beber a las personas y animales, el aseo familiar, limpiar el hogar y la puerta de entrada o la placeta, preparar las alcaparras en salmuera... Incluso, siglos atrás, el agua extraída servía para devanar los capullos de seda, tinter las prendas, adobar y encurtir pieles, preparar ungüentos, etc.

Los usos más habituales, así como las tareas que se podían hacer en estos lugares, deberíamos visualizarlos a través de los relatos proporcionados por algunas de nuestras entrevistadas:

Para la limpieza: Cuesta imaginar las tareas de limpieza sin el agua. Una diaria era el “fregao del vidriao” o lavado de la vajilla y útiles de cocina. Es cierto que, en las casas del común y humildes, el ajuar de la mesa no era abundante ni sofisticado:

Antes no había tantos platos como ahora. Comíamos todos en una fuente, la granaina. En la olla de barro, se cocinaba y salía todo buenísimo, y se ponía la fuente en la mesa camilla y ahí comíamos todos alrededor” (Ana María H.H.)

Para los platos y, antes del agua corriente, traía mi cantarico de la fuente y, después de subir el agua tres pisos la echaba en dos barreños o lebrillos: uno para lavar con mi jabón, porque tampoco había detergentes y otro para aclarar. (Ana S.R.)

Otro trabajo doméstico presente en la memoria de nuestras entrevistadas, era el fregado del suelo. Del suelo de tierra al mosaico hidráulico y terrazo, pasando por el cemento y las baldosas de barro, pero siempre fregando arrodilladas.

⁴⁷“Cuando había una boda también se iba allí -acequia de Ranas, actual Parque del Vivero- a lavar la lana que rellenaría los colchones de los recién casados. En realidad, era una fiesta femenina...”. Garrido García, 2015.

Otros usos

y vínculos con el agua



"... el agua de la fuente del Lejío me venía muy bien porque los alcaparrones necesitan mucha agua" (P.M.P.)

Los suelos eran de tierra y, de tanto fregarlos, parecía cemento fino. Mi abuela tenía unos suelos con unos filos que sacaba de tierra... ¡madre mía! Cogía arcilla de la buena y la ponía en el cubo de fregar, la movía bien y con aquella agua fregaba el suelo con un trapo y de rodillas. Mojaba el suelo y le pasaba un trapo

como si fuera una mesa. (Antonia V.P.)

Para la industria: Tras la recolección de alcaparras, que se convirtió en un medio de subsistencia importante para muchas familias de los pueblos de Guadix, se cribaban por tamaños y se vendían a quien disponía de romana y preparaba en salmuera. Entonces, ya estaban listas para comercializar⁴⁸.

En junio, al volver de clase, se empezaba a coger alcaparrones y, a mediados de julio, se agostaban y la mata se secaba. Cuando llegábamos a casa, los cribábamos y, si no nos daba tiempo, los poníamos en sacos de esparto y le echábamos un poco de agua para que no se secaran más de lo que estaban. Al día siguiente, los llevábamos a una de las tres romanas de Lopera, que gestionaban mujeres y Puri era una de ellas. (Josefina M.H.)

Nos explica este proceso Purificación M.P. de Lopera:

El agua de la fuente del Lejío me venía muy bien porque trabajaba con los alcaparrones que necesitaban tanta agua. Nosotros teníamos una romana y venía la gente, se los pesábamos y nosotros teníamos que arreglarlos. Entonces, los alcaparrones valían mucho. Al principio, teníamos unos bidones de madera que llenaba con agua, le ponía su sal y moviéndolo y moviéndolo con una pala, hasta comprobar con un

⁴⁸Esta elaboración coincidía con el trabajo del esparto. Al igual que el esparto que también necesitaba agua para macerarlo y poder trabajarlo. Las mujeres forman parte de la cadena de su elaboración en productos de pleita para la labranza o el espacio doméstico.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

termómetro que estaba a 25 grados. Entonces, ya le podía echar los alcaparrones. Si el agua tenía menos grados, se ponían feos. El alcaparrón con 12 grados tenía suficiente, pero la flor, los chiquitines no. Luego venían a recogerlos en camiones y se los llevaban a Murcia donde estaba la fábrica. Nos dejaban otros toneles vacíos para volver a llenarlos. A los alcaparrones no les puede faltar el agua.

Para bañarse, asearse y curarse: Desde época romana, sabemos del uso de los balnearios del noreste granadino: Baños de Zújar, Alicún de las Torres y Baños de Graena⁴⁹. En el caso del balneario de Graena, lo usaban tanto hombres como mujeres. Ya desde la época de los Reyes Católicos, eran muchas las musulmanas que lo utilizaban para su higiene personal, sin olvidarnos de todas aquellas mujeres que han trabajado en ellos desde hace siglos hasta el día de hoy.

Pasados los años, las propiedades curativas, hidrotermales y terapéuticas de estos centros dieron lugar a un termalismo social⁵⁰. Por otro lado, hay que tener en cuenta que, ya desde finales del siglo XIX, las familias pudientes de Guadix solían acudir todos los veranos a la ciudad de Almería para bañarse en las aguas del Mediterráneo, cuyas propiedades y beneficios difundían las corrientes higienistas a través de la prensa local, especialmente por las propiedades beneficiosas del agua del mar para los pequeños de la casa. Otras acudían al balneario de Zújar que, especialmente en las primeras décadas del siglo XX, congregó a numerosas familias con cierto nivel tanto comerciantes, como industriales o artistas⁵¹.



Mujeres bañándose en el balneario de Zújar. Rafael Zabaleta, 1933. Foto: Guía Museo Zabaleta, Quesada (Jaén)

⁴⁹ Diez de Velasco Abellán, 2014: 15-44.

⁵⁰ Saavedra Sierra, 2014: 91.

⁵¹ Garzón Cobo, 2013: 189-195. Ortiz Colodro, 2016: 248.

Otros usos

y vínculos con el agua

Los Baños Árabes de Dólar –datados en el siglo XIII– o Ferreira, por ejemplo, son de carácter rural y básicamente funcionales, con lucernas abiertas en las bóvedas de las salas para controlar la densidad del vapor, si bien no eran las magníficas lucernarias de colores como la de los baños de la Marzuela, en Baza. Volviendo a los de Dólar, estos se estructuraban en tres salas –la templada, la caliente y la fría–, además de un vestíbulo con función de vestuario o guardarropa. Las personas usuarias recibían su correspondiente jabón, toalla, esponja y zancos de madera para no quemarse los pies junto con un par de cubos de madera. Estos baños tenían, principalmente, la función de aseo para la población que no disponía de baño privado –la mayoría– y, en ocasiones, se utilizaban como sala de reposo y reunión⁵².

En otro orden, no hay que olvidar que, en Guadix, se conservan los restos de dos importantes baños incorporados a las estructuras de los dos espacios monásticos femeninos de los conventos de Santiago y de La Concepción⁵³. También tenemos constancia, al necesitar licencia para salir, de que estas religiosas de clausura eran usuarias de los balnearios de la zona por prescripción médica. Tal es el caso de la religiosa Encarnación de Santa Ana González Ruiz a quien en 1927 se le agravó la faringitis que padecía y le impedía ejercer su oficio de cantora en el convento de las clarisas. En agosto de ese año, se alojó en el balneario de Zújar donde estuvo hasta su recuperación, recomendándosele que siguiera con sus *“deberes religiosos, según lo permiten las circunstancias, encareciéndole la modestia y compostura religiosa para edificación de todas las personas dedicadas a su servicio”*⁵⁴.

A este respecto y, más recientemente, tenemos testimonios de otros ámbitos públicos como ríos, pozas o balsas usados como lugar de esparcimiento:

Por aquí detrás –Colmenar– también hay una balsa muy grande que se llena con un nacimiento en la boca la balsa –La Panderona–. Agua que viene de muy de lejos y se acequia el Palo y las mujeres nos íbamos a bañary a lavar en los buzones –sifones– en verano. Cuando venía la tachina, –el agua de la acequia– bajaba agua por los buzones

⁵² <https://rinconesdegranada.com/banos-arabes-de-dolar>. Actualmente, Centro de Interpretación: El Agua en Al-Ándalus, que trata del aprovechamiento del agua y el uso de los baños en la cultura nazarí en los siglos XIII y XV.

⁵³ Martín Civantos, 2014: 259. Sobre la explotación de los baños véase Garrido García, 2014: 277-296.

⁵⁴ Archivo Histórico Diocesano de Guadix, Caja 3359, documento 89.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

y las mujeres iban a lavar desde unos sifones hasta otros y llevaban hasta los muebles, vaciaban las cuevas, las blanqueaban y lavaban los muebles, las sillas de madera, las mesas, y toda la madera y la enea se endurecía con el agua. Le daban con estropajos, le quitaban la pintura y allí lo lavaban todo. Yo iba con mi madre y se juntaban todas las vecinas. Dejábamos los muebles un rato en la acequia para que las maderas no se abran, al contrario. También nos íbamos con la abuela a lavar. (Encarnación C.P.)

Cuando íbamos al río –Fardes– a lavar, era un día de merendilla, cogíamos los trapos y nos veníamos bañadas, mi madre, mis hermanillos y yo. Tardábamos un buen rato en llegar porque íbamos arrastrando con unas canastonas llenas de trapos. Mi madre nos lavaba primero con el Flota y, luego las sábanas y la otra ropa. (Antonia M.M.)

Para el Riego: No se pretende desmontar el concepto y realidad de que, mayoritariamente, eran los varones los encargados del riego de los campos. La agricultura era la principal actividad laboral del grueso de esta población y sexo. Sin embargo, la creencia del imaginario popular ha omitido la participación de las mujeres tanto en el trabajo del campo como en el riego. No estamos ante una valoración cuantitativa, pero sí de presencia que no debemos obviar. Mujeres jóvenes y no tanto –cuyos padres o esposos eran agricultores y poseían algunas tierras– participaban en el riego con sus familias.

En el campo, hacíamos lo que nos ordenaba mi padre por la mañana: tú, a regar al haza de la Noria; tú, vas a ir a regar al haza del Calistro –había un eucalipto muy grande–; tú, mañana riegas en los tres álamos, o a mancajar, o a sembrar, a lo que fuera... y, así, nos distribuía la mañana y la tarea en el campo a mis hermanas y a mí. (Angustias H.F.)

A veces, mientras se cubría el haza de agua, aprovechaban a lavar, incluso a coser. Nos sigue explicando Angustias H.F. que las familias que riegan con acequia no lo hacen cuando quieren. Cada agricultor tiene estipuladas unas horas de riego y la cantidad va a depender de la tierra que posee, con un control estricto por parte de los “regaos” de cada acequia:

Iba la acequia a tajo y cada uno a la hora que le tocaba el agua, de madrugada o a las doce de la noche, aunque nosotros como regábamos con balsa lo administrábamos

Otros usos

y vínculos con el agua

como queríamos. Según las fanegas que tienes, pues esos días el agua es tuya. Por nuestra finca cruzaba la acequia y como eran de tierra, cada familia debía limpiar su parte. Lo mismo que te pertenece el agua, según la tierra que tienes, te pertenece luego ir a limpiar la acequia.

También encontramos mujeres trabajando en los invernaderos de Almería y que les tocaba regar, a veces, por la noche, o limpiando acequias para los Planes de empleo de los ayuntamientos, tal es el caso de Antonia M.M.

Desconocemos el porcentaje de mujeres que, en los municipios de las comarcas de Guadix o Baza, trabajaban la tierra y regaban, al igual que muchas vecinas jóvenes y familias completas de los barrios periféricos de estas agrocidades.

Sí, nosotros hemos tenido que esperar a que nos tocara el agua, lo atendían lo mismo mi madre que mi padre. Lo mismo que las tareas del campo y el cuidado de las vacas y el ordeño. Y todo, excepto las tareas de la casa y del cuidado de los hijos, esas no se compartían. Eran única y exclusivamente de mi madre, como en todas las casas. (Encarna P.T.)

En Venta Quemada, había mujeres que llevaban las tierras, los animales, hacían queso y eran ellas las que también llevaban el huerto y regaban porque sus maridos se iban de 8 a 9 meses a Francia a trabajar. Mi padre era guarda jurado y mi madre se nos llevaba a mi hermana y a mí al bancale y nos dejaba con una manta en el suelo mientras ella trabajaba. (María M.).

La siguiente descripción, "Las mujeres iban a regar y trabajaban la tierra con una azada de esas de tres puntas. Ellas trabajaban como los hombres, pero ellos no trabajaban en las casas" (Carmen R.H.), la han compartido algunas mujeres e iba acompañada de cierto reproche, incluso dolor, puesto que, cuando ellos terminaban las faenas, se iban al bar a echar la "gotica" y algunos volvían con la lengua o la mano ligera. No es este el espacio para detenernos en las condiciones físicas y emocionales en que determinadas generaciones de mujeres han soportado sus trayectorias vitales y creado sus propias resistencias⁵⁵.

LA LLEGADA DEL AGUA POTABLE A LOS DOMICILIOS. “LA GRAN REVOLUCIÓN DOMÉSTICA”

La cuestión del agua es fundamental para comprender los procesos de cambio de la sociedad. Sus distintos usos han tenido implicaciones económicas, sociales y medioambientales, no siempre racionales y sostenibles. La llegada del agua potable a la ciudad de Guadix, sus anejos y pueblos y, en general, a todo el Geoparque, significó una verdadera reconversión para las comunidades humanas que habitaban el territorio. Cambiaron no sólo los usos y el paisaje de la zona sino también las relaciones sociales, familiares y de género, modificando los usos del tiempo de las mujeres, amén de sus consecuencias para la salud y el bienestar. *“Cuando llegó el agua corriente a las casas lo cambió todo”* (Carmen R.H.). *“Echar mano del grifo y tener agua... Eso fue más que una lotería para la familia”* (Ana M^a M.G.). Nos atrevemos a denominarla “la gran revolución doméstica”. Nuestras protagonistas, que han actuado como una muestra representativa, son conocedoras de los usos y costumbres del antes y del después de dicha revolución. Un antes que –salvando las distancias– ocupa la mayor parte de la Historia y un después, que es la historia más reciente. Un antes, donde la mayoría de la población todo lo aprovechaba dándole diferentes usos –el agua del barreño de lavarse, para lavar la ropa sucia; el agua de aclarar los platos, para fregar el suelo...– y reutilizando la misma agua para innumerables acciones consecutivas. Su valor era elevado y no se podía malgastar.



“Echar mano del grifo y tener agua... Eso fue más que una lotería para la familia” (Ana M^a M.G.). Fuente: https://static.eldiario.es/clip/5602c4ed-8f45-4ff8-a9ee-f5472838efcd_16-9-aspect-ratio_default_0.jpg

La llegada del agua potable a los domicilios.

“La gran revolución doméstica”

La llegada del agua corriente a las casas provocó grandes cambios en el paisaje urbano y también en la distribución de los hogares:

En la casa de Lopera, el cuarto de baño se hizo en 1981 y era donde estaban los cerdos. Y la cocina se instaló donde teníamos la cuadra para el Valenciano, el mulo, que era otro miembro más de la familia, antes estaba arriba, donde teníamos la chimenea. Mi padre tuvo que hacer una cuadra, sacar a los animales de la casa y hacer el cuarto de baño y cocina dentro. Recuerdo que se casaba una de mis mejores amigas del pueblo. Subí a verla y estaba en un barreño de cinc. Por aquello de la noche de bodas, la criatura no se podía rascar más el cuerpo. ¡Debió pensar que se casaba con un representante de Sanidad, la criatura! Yo le decía, por dios, que no tienes luego crema hidratante, ¡cómo te vas a quedar! Toda su ducha prematrimonial fue en el barreño en el salón de la casa. Por ese barreño pasábamos todos, se iba cambiando el agua. (Josefina M.H.)

La gestión de los residuos biológicos era anárquica en aquellos lugares donde no existía alcantarillado, ni cuarto de baño. Todo se tiraba a la calle, corrales o estercoleros:

La gente hacía sus necesidades en las cuadras, corrales, campos, entre los maíces, estercoleros, escupideras, donde podían. Se secaba y no hacía falta tirar agua, era un buen abono. Las escupideras sí se lavaban y, en algunas cuevas, que hoy mantienen el cuarto de baño fuera, lo que era habitual, se siguen utilizando. Con el agua potable también vinieron los cuartos de baño. Fue un buen avance también para el aseo personal. (Rosario Morillas Medina –Guadix–)

Qué descubrimiento fue para mi abuela tener agua en casa. ¡Qué feliz era de bañarse de una vez, no a trozos! Abrir el grifo y salir agua ¡Madre mía! Antes nos lavaban en una pila de cemento, con jabón casero, agua fría y estropajo de esparto. ¡Aquello sí era un lifting! (Encarnación L.S.)

En casa teníamos pozo y pila y allí lavábamos, pero que no había desagües ni ná, el agua tiró por las calles. El alcantarillado. ..., pero era sin embutir. Por las puertas de las casas pasaba como una acequiecilla para tirar todas las aguas. Luego ya

después, fue cuando ya pusieron el alcantarillado. No recuerdo si era con don Carlos Abellán de alcalde o después. (Angustias B.S.)

Estos testimonios nos dan cuenta de cómo eran las condiciones en algunas zonas de Guadix y pueblos de la comarca. María Dolores M.M. ha vivido siempre en cueva:

¡La alegría que nos dio cuando nos pusieron el agua, y la taza en el patio! Con eso ya no me hacía falta a mí ná! Primero tuvimos la lavadora de turbina, y no estaba yo loquita de contenta con aquello. Primero lavaba, luego le sacabas el agua jabonosa con la goma al patio, y la volvías a llenar con dos cubos de agua para aclarar y así... como tenía la pila al lado de la lavadora, la aclaraba en la pila.

La instalación del agua potable fue progresiva, por barrios y por las zonas bajas primero. Como ya se ha mencionado, en 1956, estaba redactado el proyecto de Abastecimiento de Agua potable de la ciudad, junto al de Saneamiento, y de él decía el alcalde Carlos López Abellán que su puesta en marcha supondría innumerables beneficios, de tipo doméstico y sanitario⁵⁶: *“Se evitarán las infecciones que produce un abastecimiento en malas condiciones, insuficiente y con aguas contaminadas. Así también la gente le irá perdiendo el miedo al agua y se elevará el nivel de vida en todos sus aspectos”*. El coste de la instalación del agua ascendía a unos 24 millones de pesetas y el del saneamiento a poco más de 9 millones y se calculaba que las obras de captación, conducción, depósitos y redes duraban unos tres años. Sin embargo, estas cantidades eran sólo una parte, ya que el trabajo de la comunidad fue imprescindible para su total distribución, es decir, las tomas de agua desde las conducciones generales o secundarias a cada hogar se hacían conjuntamente con los vecinos y vecinas, en trabajo y material. Algunos datos al respecto, nos revelan que, en julio de 1967, la alcaldía de Guadix consideraba que no debía dejarse al arbitrio de los particulares la ejecución, a su modo y manera, de la acometida alegando que ello podía poner en peligro las tuberías de la conducción general. Por consiguiente, solicitó un estudio y presupuesto avalado por un ingeniero, informando además que aquellos particulares que solicitaran la acometida deberían pagarla ellos al contratista. Al mes siguiente,

⁵⁶ Proyecto del ingeniero Antonio Moreno Torres. Véase Valverde Sepúlveda, 1956.

La llegada del agua potable a los domicilios.

“La gran revolución doméstica”

la corporación en pleno aprobó estas medidas para el “disfrute domiciliario de agua potable”, adjudicada al contratista del proyecto de abastecimiento “Esñeco Construcciones S.L.”. Aludía a que el arbitrio del agua no tendría fines fiscales. En 1968, comprobamos que la cantidad media abonada por vivienda para incorporarse a la red general del agua potable fue de 1.200 pts., pagando el ayuntamiento los ramales de las calles⁵⁷.

Según Antonio Reyes Baca⁵⁸, la instalación del agua potable en la ciudad accitana empezó en 1966, año en el que entró a trabajar en tareas relacionadas con el agua, durante la etapa en la alcaldía de Manuel Aguilera, quedando a partir de 1969 como personal laboral fijo del Ayuntamiento.

En agosto de 1966, ya llevaban trabajando un par de meses en el agua, en las zanjas que vienen de Alcudia. Tardaron varios años en hacer la instalación. La gente tenía que pedir la instalación de la acometida o conexión con la red general del agua (...). En términos generales, el agua de los pozos no era para beber porque aquí las aguas eran muy superficiales y muchas familias con pozos tenían mujeres que les llevaban el agua de los caños públicos y les pagaban.

De esa época, muchos vecinos y vecinas recuerdan cavar zanjas y participar en el montaje de las tuberías. Así nos lo relata Encarnación C.P:

¡Cuándo nos pusieron el agua potable en la cueva fue una gloria! Pero su hijo la rectificó: No nos la pusieron. Desde el colegio Ruiz del Peral hasta aquí estuvimos todos los vecinos picando ¡la metimos nosotros! Y repartirla por todas las cuevas. Primero pusieron un grifo en cada casa, se iban haciendo ramales con los tubos. A pesar de la altura, aquí ha subido siempre bien el agua, no nos ha faltado nunca”.

Cuando llegó el agua corriente, las lavadoras... ¡uff qué agustico, era gloria! Aquí en Charches tardó en llegar. Había ya en muchos sitios y aquí no. (María E.)

⁵⁷ Archivo Histórico Municipal de Guadix. Caja 682

⁵⁸ Que se tenga constancia, el primer instalador o fontanero público.

Imagínate el cambio, ya ves, cuando llegó el agua a las casas... la gloria bendita, que abres el grifo y tienes el agua, de eso me acuerdo yo perfectamente, aquello una maravilla. Ahora desperdiciamos más agua, antes la mirábamos más...decíamos: "Madre mía si esto lo hubiésemos tenido antes". Se iba poniendo por casas y por barrios, luego como valía dinero, unos la ponían antes y otros después. (Matilde P.A.)

Por otro lado, la temporalización del proyecto también resultó más tardía de lo previsto. En palabras de uno de los operarios municipales, Torcuato Varón Molero, hasta principios de los años sesenta no se hace la captación en el Valle del Zalabí, en el manantial del Chiribaile, frente a la ermita del Zalabí, donde el agua se distribuye a partes iguales entre la acequia y la ciudad de Guadix. Una anécdota permanece en la memoria de los habitantes de esta zona: *"Como iba a pasar Franco por Exfiliana y Alcudia se puso una pancarta que decía "Franco, Guadix nos roba el agua", pero no duró ni 10 minutos y los cabecillas acabaron en la cárcel".* En principio, se instalaron tres depósitos; en el barrio de Cuatro Veredas, en el de Cerros de Medina y en La Estación -pasando la tubería por medio de Guadix y atravesando el río, la rambla de Baza y hasta la Estación-. Se instalaron fuentes públicas⁵⁹ -de piedra y el caño metálico- en Cuatro Veredas, Cerros de Medina, Fuente Mejías, Ermita Nueva, Salitre de San Miguel, Callejón de los Pimentillos, Estación y Barriada de los Caballeros⁶⁰. Más tarde, se fueron construyendo otros depósitos, como el del Cerro de la Bala, o los de los anejos como Paulenca, Belerda, Bátor o Hernán Valle, con captación propia y donde el Ayuntamiento contrata a empresas para su instalación, pues como comenta Antonio R. B., a muchos lugares aún no llegaba el agua o no tenía presión suficiente. Normalmente, llegaba primero el agua potable y, más tarde, se iban instalando los darros por los distintos barrios.

En los años cincuenta la zona central de la ciudad ya disponía de sistema de desagües, yendo a desembocar a las acequias y a la balsa de Ranas⁶¹. Sin embargo, en el resto del municipio, hasta la década de los setenta aún se están

⁵⁹ Actualmente estas fuentes públicas están todas anuladas excepto la de Cuatro Veredas y el Barranco del Armero.

⁶⁰ En 1974, por ejemplo, se construye la fuente pública para los vecinos de los Cerros de Medina, por 43.000 ptas., y los vecinos aportarán 15.000. AHMGU. Caja 686.

⁶¹ Hasta 1975 no se instalan los desagües en la Ermita Nueva y Hernán Valle y, en 1982, en el Barranco Armero.

La llegada del agua potable a los domicilios.

“La gran revolución doméstica”

construyendo y muchos a petición del vecindario: en 1973, cuatro vecinos entre los que firma una mujer, Encarna Barquile, suscriben la petición vecinal para que se autorizara la construcción del alcantarillado en las barriadas de la Fuente de Maese Pedro, el Cañillo Pitico y la calle de la Cruz, *“por peligro de infección de los vecinos”*, manifestando que ellos estaban dispuestos a pagar el 50 por ciento del presupuesto⁶².

En los años ochenta, comenzaron a instalarse contadores y, en los noventa, el exceso de consumo de agua y la escasez de la misma obligaría a una segunda captación. Desde un principio y hasta hoy, la red de agua no dispone de sistema de filtrado alguno puesto que es una agua limpia y de óptima calidad para su consumo. Con todo, en los años setenta, se empezó a clorar para garantizar su calidad higiénica para su uso y consumo, pasando de ser causa a solución de muchos problemas de salud⁶³. Sin embargo, el sabor que el cloro daba al agua provocó que muchas personas volvieran a las fuentes tradicionales para el consumo del agua de beber, en especial, al caño de San Antón de Guadix.

En suma, cada localidad, cada familia y cada mujer del lugar, podría relatarnos su propia experiencia en el proceso de llegada del agua a sus hogares. También de las fiestas que, en algunas zonas, se organizaban en torno a ello. En lugares como Lopera, para celebrarlo, entendiendo que fue un hecho comunitario que se vivió de forma diferenciada, según la generación y sexo de cada uno, los niveles de intensidad del recuerdo fueron dispares entre unas cuantas vecinas entrevistadas. Para las mayores, apenas es ya un lejano recuerdo de ese día; para las jóvenes por contra:

En Lopera, antes de llegar el agua potable, hubo un intento de traerla de la fuente del Moro, con tubos de plásticos superficiales y estrechos... A la mayoría, no les llegaba. Luego ya el ayuntamiento de Graena, al que pertenece Lopera, le propuso a un muchacho originario del pueblo, ingeniero y empresario en Talavera de la Reina, que trajera el agua potable a Lopera. Se trajo de Graena, instalando primero un depósito

⁶² AHMGU. Caja 684

⁶³ Manualmente con pastillas de hipoclorito cálcico, después con cloro-gas y, más tarde, con hipoclorito y de forma automática.

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

y después otro, pues el primero se quedó pequeño. Cuando este ingeniero terminó el trabajo, pensó que debía hacer una fiesta y el pueblo tenía ganas porque le habían traído el agua potable, y se le ocurrió comprar una vaquilla. Yo recuerdo estar ese día escondida y los primos valientes con la chaqueta le dieron algunos pases. Por la tarde, la cogieron, la mataron, y al guisado sí fuimos todos! Una tarde de fiesta, con baile y todo. ¡Fue un acontecimiento histórico para un pueblo tan pequeño!” (Josefina M.H.)

La calidad de vida, en especial de las féminas y de las clases medias y humildes y las que no podían contratar servicio doméstico, mejoró gracias a transformaciones, que hoy nos parecen tan normales, como la instalación de grifos en los hogares y, a continuación, la llegada de los electrodomésticos... Para ellas, estos utensilios produjeron un cambio de vida radical. Por fin, las clases populares, y de forma singular las mujeres, abrazaban poco a poco la comodidad y la entrada al progreso. El agua corriente transformó el trabajo doméstico y asalariado de las mujeres y la organización de su tiempo, permitiéndoles, incluso, disfrutar de momentos de asueto para ellas desconocidos. En cuanto al conocimiento que la sociedad accitana tuvo de las primeras lavadoras, diremos que, en los años veinte del siglo pasado, ya se anunciaban las primeras de ellas, aunque pocas familias podían permitírselo. La lavadora –también lo fue la hornilla y el frigorífico– fueron liberadores de cargas femeninas, y decimos femeninas puesto que entonces y, en algunos casos, también ahora, las mujeres eran las principales responsables de su manejo. Al principio, hubo mujeres reacias a estos inventos, decían que la ropa no quedaba tan blanca y limpia como cuando ellas las lavaban a mano.

Mira, yo me acuerdo que, cuando trajimos la lavadora y la pusimos en mi casa, no me habían dado muchas instrucciones y... cuando yo pongo mi lavadora, y me siento así –delante de ella–, y ya sabes que la lavadora echa a andar y va y se para, ¡se para la lavadora! Y le digo a mi marido: ¡Mira! Ná más que empezar la lavadora y ya está rota. ¡Qué la lavadora es mala! Y yo decía: ¡Vaya compra que hemos hecho! Yo no sabía que la lavadora se iba parando. (Angustias H.F.)

A MODO DE CONCLUSIÓN

Hablar del vínculo de las mujeres con el agua debería llevarnos al origen de la especie humana, puesto que es un bien imprescindible para la supervivencia, la procreación y el desarrollo de las comunidades a través de la relación con la naturaleza y el paisaje. No obstante, nos hemos detenido en unas décadas concretas –permitiéndonos algunas licencias históricas– y una zona como es el territorio del Geoparque de Granada donde las mujeres de estas generaciones, que desempeñaron diversas actividades con el agua, se han convertido en las principales fuentes de información de cómo fue su trabajo. La historiografía, o mejor dicho, la práctica inexistencia de la misma en lo referente a lo femenino, apenas nos han dejado otras opciones para abordarlo.

Hemos indagado en algunas cuestiones, probablemente las más asequibles, siendo conscientes de las numerosas lagunas que permanecen aún por explorar y/o profundizar. A pesar de todo, este trabajo nos ha permitido tomar conciencia de lo simplificado, que nosotras mismas entendíamos, que era todo lo derivado de este estrecho vínculo mujer-agua, dada la gran diversidad y riqueza económica y antropológica que hemos podido comprobar en el transcurso de nuestro trabajo de investigación.

En cuanto la relación de las mujeres con el agua, o lo que es lo mismo, el acceso familiar al agua, se ha de distinguir entre los distintos usos y empleos finales: destino, posibilidades económicas y sociales en cada hogar, distancias a los puntos de recogida, etc... No siempre se iba a buscar al mismo lugar el agua que se iba a beber o se iba a emplear para cocinar, que aquella que se iba a utilizar para limpiar la casa, asearse la familia, dar de beber a los animales domésticos o de la granja o regar las plantas o huertos. Normalmente, en la mayoría de las viviendas, salían al exterior para su obtención, salvo aquellas que disponían de pozo propio que, como hemos comprobado, no eran exclusivamente las familias acomodadas las que lo tenían sino, en el caso de Guadix, incluso algunas cuevas disponían de él. En cualquier caso, las distancias recorridas para ir “a por agua” eran muy variadas, al igual que las dificultades de acceso en función de las distintas zonas y municipios.

Damos testimonio de un período en el que los recipientes de transporte y almacenamiento eran de barro, frágiles y pesados, dándole a la actividad

un añadido de dureza. En términos generales, eran las niñas y mujeres las responsables de proveer diariamente cada hogar del agua necesaria, si bien algunas familias, normalmente campesinas, disponían de animales de carga que aprovechaban con las aguaderas. Otra cosa eran las aguadoras, mujeres que ganaban una renta transportando agua para otras casas privadas, comercios o instituciones asistenciales o públicas.

Una situación totalmente diferenciada dentro de la actividad y el uso del agua es la del lavado de la ropa. Aquí, nuevamente las mujeres serían las responsables de lavar la ropa de la familia y de la casa y debían trasladarse a un lugar con agua corriente para hacerlo, ya fuera rambla, río, acequias, tajea... Afortunadamente, a finales de los años 60 y principios de los 70, algunos ayuntamientos decidieron construir lavaderos municipales cubiertos, facilitando esta dura tarea. Su uso no se extendería mucho en el tiempo por la llegada del agua potable a las viviendas. Otra cosa serían las casas que disponían de pozo y pila, aquí la tarea era mucho más llevadera.

El de lavanderas ha sido un oficio con identidad, en el que se empleaban muchas mujeres de la clase trabajadora y humilde que prestaban su servicio tanto a familias como a otros ámbitos, aunque también ha sido una tarea de las muchas que constituyen el servicio doméstico. Normalmente, han sido mujeres autónomas, con contratos orales, que trabajaban a destajo, cobrando por trabajo realizado y con escaso reconocimiento social.

Tanto el oficio como la tarea doméstica de lavar la ropa sucia de los demás son recordadas por las mujeres como algo especialmente gravoso, no sólo por la lejanía donde debían trasladarse cargadas con los hatos de ropa sino también por las inclemencias meteorológicas que tenían que sortear o las dificultades de la orografía, la variabilidad de los accesos al agua, las condiciones de la misma -helada en invierno y escasa en verano- o, sencillamente, el tipo de los tejidos que tenían que lavar cuya dificultad de limpieza, antes de la llegada de los tejidos sintéticos, era bastante considerable.

A pesar de todo y conociendo esta realidad tan cotidiana y dura, todavía a día de hoy, se habla del trabajo de la mujer y el agua como un momento de

A modo de conclusión

esparcimiento y de socialización más que de un trabajo laboral. Aunque es cierto que, en algunos momentos, se prestaron también a ello, los testimonios recogidos en nuestras comarcas hablan más bien de la tremenda dureza de estos trabajos que del disfrute. Se ha dicho sobradamente que los lavaderos han sido uno de los espacios femeninos por excelencia, donde las mujeres encontraban el ambiente ideal para hablar, socializarse, incluso, enajenarse, dada la sociedad androcéntrica en la que estas generaciones vivían. Si bien, antes, debemos considerarlo como lo que era: un espacio de trabajo. No olvidemos que también existían otros espacios de interrelación, además de sus casas, como eran los barrios, los comercios, en el trabajo, en el campo, en los ríos, etc.

Igualmente, a nivel general, son significativas las connotaciones artísticas que dichas actividades exclusivas femeninas han tenido a lo largo de los años, especialmente para pintores, escritores, o fotógrafos quienes, en algunos casos, han visto en las posturas de estas mujeres, en sus ropas mojadas... elementos de insinuación y de inspiración. Incluso, algunos artistas han resaltado la visión de estas mujeres bajo elementos de provocación que, en poco o en nada, tenían que ver con la realidad y con ello poco han ayudado a la dignificación del oficio. En este sentido, hemos comprobado que los artistas que visitaron la comarca de Guadix optaron por una visión más real de la mujer. Dada la singularidad de la orografía de esta zona, especialmente los fotógrafos que la visitaron quedaron fascinados por su particular paisaje salpicado de viviendas cuevas. Y, a través del objetivo de sus cámaras, quisieron testimoniar el día a día de sus vecinos, especialmente el de las mujeres, plasmando las duras condiciones en las que vivían. Durante décadas, estas familias tuvieron que sortear todo tipo de dificultades para sobrevivir y ellas, como eje vertebrador de estas unidades familiares, tendrían siempre un papel protagonista que, al fin al cabo, fue lo que más les llamó la atención y lo que, en definitiva, marcó en parte el discurso artístico tanto de fotógrafos como pintores que visitaron este territorio. Aún a día de hoy, esta especial relación que existe entre paisaje y hábitat sigue actuando de reclamo y sorprendiendo a aquellos que, por primera vez, contemplan este territorio.

Una de las principales ideas que se recogen en esta recopilación de memoria colectiva es la relevancia que tuvo para todas nuestras mujeres el momento de

Soleando en el río de la vida.

Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

la llegada del agua corriente y potable a los domicilios. Hasta principios de los años setenta, no se puede hablar de un cambio drástico en el funcionamiento del hogar y cuyas beneficiarias fueron específicamente las mujeres de la familia. Esta infraestructura, cuyo principal símbolo es el grifo, aportaría sustanciales cambios a muchos niveles, personales, familiares, sanitarios, comunitarios, paisajísticos, económicos... En resumen, una auténtica revolución que tendría su continuación con la aparición de los electrodomésticos. Y no sólo aquí debemos visualizar a las mujeres.

Dice el dicho: "No hay mal que por bien no venga" y nosotras añadimos: "No hay bien que algún mal traiga". A pesar de los incuestionables beneficios que la llegada del agua potable ha supuesto para los hogares, queremos dejar abiertas para la reflexión algunas cuestiones quizás no tan convenientes. En primer lugar, la medioambiental, con el consumo actual excesivo –a pesar del descenso drástico de los recursos hídricos–; en segundo lugar, la privatización y mercantilización de un recurso natural –una cosa es la capacidad total disponible de agua del territorio para el abastecimiento y otra la suministrada en la red– y la desaparición de la vida en la calle.

En definitiva, ellas han estado presentes y han sido participes en las aportaciones económicas, en el sí de cada familia, aunque la historiografía lo haya ignorado y consideramos que la relación de las mujeres con el agua es atemporal, universal, transversal, constante, mercantil, tecnológica, clasista y de gestión. Yes, por ello, que las componentes de MATRIA animamos a reflexionar y a compartir todos estos testimonios expuestos aquí, para que valoremos cada gota de agua, cada brazo que la acarrea, cada mano que se cuarteo y cada minuto que las mujeres de esta historia han pasado soleando, en sus diferentes acepciones, en el río de la vida.

AGRADECIMIENTOS

Al inicio de este trabajo, hemos mencionado la relevancia que un grupo de mujeres ha significado para la composición y relato del mismo. Queremos señalarlas y agradecerles individualmente su tiempo, esfuerzo y memoria y, a la vez, que sean la representación de todas aquellas que se sientan identificadas. Así mismo, agradecemos a todas aquellas personas que, de una manera u otra, han colaborado en la composición de este estudio:

- Ana Sánchez Requena
- Ana María Huertas Huertas
- Ana María Molina Gil
- Angustias Balboa Sánchez
- Angustias García Hernández
- Antonia Moya Montalbán
- Antonia María Lorente García
- Antonia Triviño Yeste
- Antonia Vilchez Praena
- Antonio Moreno Morillas
- Antonio Reyes Baca
- Aránzazu García Matías
- Carmela Tauste
- Carmen Cuerva
- Carmen García Casas
- Carmen Garrido Rueda
- Carmen Rodríguez Hurtado
- Dolores Baca Aguilera
- Dolores García Espigares
- Dolores García Rodríguez
- Dora Hernández Montalbán
- Elena Torres Requena
- Encarna Morillas Mesa
- Encarna Peral Hernández
- Encarnación Casas Puerta
- Encarnación López Sierra
- Encarna Prieto Tortosa
- Ginesa Molina Navarro
- Inés Peral
- Josefina Martos Huertas
- José Ramón Sánchez Viciano
- Juana Avilés Fernández
- Lourdes Delgado Hernández
- María Fernández Hernández
- Marian Ortiz González
- Mariana López
- María del Carmen Expósito Mesa
- Mari Carmen Aguilera Fernández
- Mari Carmen Jiménez Amezcua
- Mari Carmen Lorente
- Mari Carmen Poyatos
- Mari Carmen Rodríguez
- María Dolores Moya Montalbán
- María Inés Jiménez
- María Magdalena Avilés García
- María Murcia
- Matilde Pérez Aguilera
- Purificación Martínez Pérez
- Mercedes Checa Amezcua
- Mercedes Díaz Pérez
- Mercedes Poyatos Villalba
- Mercedes Valverde Machado
- Mónica García Aranda
- Rosa Marruecos
- Rosa Martínez Hernández
- Rosario Morillas Medina
- Torcuato Varón Molero
- Valia Simón García
- Virtudes Peláez Moya

ANEXOS



Breve pieza teatral sobre “Las mujeres y el agua” representada en la ruta Soleando en el río de la vida (Guadix, sábado 8 de octubre de 2021)

Las mujeres vienen por la Calle Luis Muriel, suben hasta la plaza de San Francisco cantando. Vienen del río y, al llegar a la plaza, dejan los líos y canastas un rato y forman corro para charlar y descansar un rato.

Lavandera 1: Vengo enriñoná. ¡Ay que ver lo que se tiene que penar en la vida! (se seca el sudor de la frente).

Lavandera 2: Consuelo hija, tú ya está muy gorda para estar cargando trapos. Como te descuides pares en el río, o de camino al río.

Lavandera 1: ¿Y qué le voy a hacer? no tengo quien me lo haga...

Lavandera 3: Pues tu cuñada bien podía echarte una mano. Ella tiene pozo y en un barreño con la tabla...

Lavandera 1 (Consuelo): Cada una tiene su casa, no me gusta estar molestando. Además, ya mismo vendrá la criatura y tendrá que echarme una mano con la ropa. No me gusta importunar más de la cuenta.

Lavandera 4 (Angustias): ¿Y por qué no vas a lavar a la calle San Torcuato, a la acequia de la ciudad. Está más cerca y te aliviará un poco la carga? Consuelo, ya sabes que puedes contar conmigo, en lo que yo te pueda servir..., para eso estamos, para servirnos la una a la otra.

ANEXOS

Lavandera 2 (Asunción): ¡Calla Angustias! ¿Es que no te has enterado del que el alcalde ha dado un bando en el que se dice que no se lave más allí, que está penado? No se vaya a meter la Consuelo en un problema, lo único que le faltaba...

Lavandera 6 (Torcuata): ¿Y por qué se ha prohibido lavar allí, si puede saberse, Asunción?

Lavandera 2 (Asunción): Porque se han quejado en la "garcetilla" esa que saca Requena Espinar ¿cómo se llama? El Accitano..., diciendo que las mujeres, por flojas, no quieren andar hasta el río a lavar la ropa y se van a allí, y que retuercen la ropa fuera del cauce de la acequia, con lo que aquello es un barrizal de agua sucia y espuma.

Lavandera 3 (Patrocinio): Desde luego es que hay algunas frescas que no tienen cuidado y claro...

Lavandera 5 (Rosario): ¡Habló quien pudo, Patrocinio! ¡habráse visto! Como que tú no has ido allí a lavar, como las demás...

Lavandera 3 (Patrocinio): Sí, yo he ido como todas, no me aparto de la razón, pero yo no escurro el agua fuera, Rosario, que tienes la lengua muy larga...

Lavandera 4 (Dolores): Será posible... ¿queréis callar la dos? ¿Os dais cuenta que siempre estamos peleando entre nosotras y nos echamos tierra en los ojos las unas a las otras? Seguro que quien ha publicado eso en el periódico es un hombre... ¡como siempre! Ellos no se dejan los riñones cargando trapos y no se les llenan las manos de sabañones,

como a nosotras. Menos a esos que van de señoritos todo el día con la pluma en la mano, escribiendo cosas de las que no saben, ni quieren saber. Un lavadero es lo que nos hace falta, como los que hay en Granollers, de donde yo vengo; con sus piedras hechas a propósito para lavar, y el agua corriente encauzada, y bajo techado, para que no nos llueva.

Lavandera 5 (Rosario): Tienes razón, Dolores y apartadas de los peligros de las riadas que viene de la sierra, con las tormentas; que, a más de una se ha llevado el río y la han encontrado en el Fardes..., como pasó con la pobre de la Vicenta el año pasado. Dios la tenga en la Gloria (se persignan todas).

Lavandera 6 (Torcuata): ¿Pues sabéis qué os digo? que allí, a la acequia de la ciudad, me voy a estar yendo yo todos los días a lavar, hasta que nos hagan un lavadero de esos. A ver quién es el guapo que me quita de allí, arrastrando me va a tener que sacar ¡como me llamo Torcuata!

Lavandera 3: Y yo me voy contigo, y así debíamos hacer todas ¡No tenéis reaños!

Lavanderas: ¿Que no tenemos? ¡nos vamos con vosotras!, ¡eso, eso...!

(Todas las mujeres salen por el callejón de San Francisco para la calle de Santa Ana).

Soleando en el río de la vida.
Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada

**Algunos de los momentos que nos dejó la ruta
Soleando en el río de la vida**



RUTA GUIADA

Fotografía de María Viñas

SQLEANDO EN EL RÍO DE LA VIDA

Inicio de la ruta en Plaza Santa Luparí

Viernes 8 de octubre de 2021, 18:00 h

Actividad sujeta a protocolo de prevención de COVID-19. Reservas únicamente telefónicas en Área de Cultura a partir del lunes 4 de octubre de 11 a 13 h hasta completar aforo. Se solicitará nombre y teléfono de las personas asistentes. Máximo 4 reservas por cada llamada. T.FNO. 958-662995.

MATRIA ASOCIACIÓN DE MUJERES EN VERDE

AYUNTAMIENTO DE GUADIX



BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., (2006) *Guía artística de Granada y su provincia*. Vol., 2. Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- BERTRAND, Maryelle y SÁNCHEZ VICIANA, José Ramón [2009] "Canalijos y tajeas, dos sistemas de canalización de agua mediante galerías subterráneas en las altiplanicies granadinas. Andalucía Oriental". En: *Arqueología y Territorio Medieval*, 16, págs. 151-178.
- CABALLERO COBOS, Alejandro y ROMÁN MUÑOZ, Carmen María [2017] "Los aljibes de Cuevas del Campo, estudio histórico-arqueológico de una estructura hidráulica". En: *Péndulo*, 17, págs. 393-405.
- CAMINOS DE ESPAÑA DE GRANADA A ALMERÍA, Ruta LXVI [1958]. Madrid, Compañía Española de Penicilina, Madrid.
- CAMBIL CAMPAÑA Isabel Cifuentes Martínez C., Díez Jiménez M., Gómez Román A.M., Hernández Montalbán C., Martos Huertas J., Pedraza Rodríguez M., Ruiz López M., Sánchez Salmerón S., Torre Pérez S., & Viñas Valverde M., (2022) Educar en patrimonio con perspectiva de género desde la educación no formal: El proyecto "Soleando en el río de la vida". *Revista UNES. Universidad, Escuela y Sociedad*, [13], 49-68. <https://doi.org/10.30827/unes.i13.26161>
- CASTILLO FERNÁNDEZ, Javier (1997) "Acercamiento a las industrias tradicionales de la comarca de Baza". En: *Fundamentos de Antropología. Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet*, 6-7, págs. 174-186.
- DEL CASTILLO, Aureliano (1893) "Lavaderos públicos". En: *El Accitano*, 9 de septiembre.
- DÍEZ DE VELASCO ABELLÁN, Francisco (2014) "La romanidad como reclamo o como omisión: aportaciones al estudio del uso en época romana de los balnearios granadinos de Zújar, Alicún y Graena". En: *Boletín del Centro de Estudios "Pedro Suárez"*, 27, págs. 15-44.
- DÍEZ JIMÉNEZ, Maribel y REY, Ana María (2014) *Los trabajos de las mujeres accitanas 1900-1975. "Enhebrando memorias"*. Granada, Diputación-Ayuntamiento de Guadix.
- DÍEZ JIMÉNEZ, María Isabel (2018) "El Hospital Real de Guadix, fuente de empleo femenino en el siglo XVI". En: *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, 31, págs. 105-125.
- DÍEZ JIMÉNEZ, Maribel (2019) "Actividades económicas de las mujeres en el norte del Reino de Granada entre 1500 y 1571". En: *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 31, págs. 21-39.
- DÍEZ JIMÉNEZ, María Isabel (2020). *Mujeres y economía en la Edad Moderna: las tierras de Guadix y Baza (1482-1571)*. Granada, Universidad, tesis doctoral.
- DÍEZ JIMÉNEZ, Maribel (2022) "Espacios, tránsitos y resistencias femeninas en el entorno cuevero a mediados del siglo XX". Comunicación del *Congreso Internacional Hábitat excavado y paisajes culturales*. [En prensa]
- ESPINAR MORENO, Manuel y ESPINAR JIMÉNEZ, María (2013) "El jabón en Baza a principios del siglo XVI. Formación de una compañía para su fabricación y venta". En: *Revista EPCCM*, 15, págs. 81-102.
- FUENTES HURTADO, José (2015). *Historia de los lavaderos y las lavanderas*. Edición del autor.
- GALLEGO MORALES, Sebastián (2022) *Los jueves en la radio: Baza cuarenta años de sus s historia 1939-1979*. Baza, Liber Factory.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier (2014) "Los baños moriscos en el Reino de Granada a través del ejemplo de los de la diócesis de Guadix: de la explotación-control a la prohibición". En: *Boletín del Centro de Estudios "Pedro Suárez"*, 27, págs. 277-296.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier (2017) En: *Wadías-as. Actualidad y Cultura* <http://abenaxara.com/wp-content/uploads/2017/11/Plano-de-Guadix-en-1931.pdf>, consulta: 21 de mayo 2022.
- GARRIDO GARCÍA, José Antonio (2015) *Vega de Guadix y Cerro del Humilladero. Guía del visitante*. Guadix, Ayuntamiento.
- GARZÓN COBO, Luis J (2013). "El pintor Zabaleta en Guadix, Baza y Huéscar". En: *Péndulo. Papeles de Bastitania*, 14, págs. 189-195.
- LAFUENTE ALCÁNTARA, Miguel (1852) *Historia de Granada. Compendio de sus cuatro provincias Almería, Jaén, Granada y Málaga*. Vol. 1. París, Baudry Librería Europea.
- LÁZARO DAMAS, Soledad (2015) "Uso y control del agua en Baza en el siglo XVI. Aportaciones documentales para su estudio". En: *Péndulo. Papeles de Bastitania*, 6, págs. 85-104.
- L' ESPAGNE GRANDIOSE ET FANTASTIQUE. 32 reproductions en facsimilé ´ après les dessins en color de Serge Rovinsky (1932) [prefacio de José Ortega y Gasset y notas de María de Cardona e Isabel de Segura]. París, Tipographie Aulard.
- MADDOZ, Pascual (1847) *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Vol., 9. Madrid, La Ilustración.
- MARTÍN CIVANTOS, José María (2014) "Los baños árabes del Zenete en el contexto de la tierra de Guadix y las dinámicas sociales andaluzas (Granada, España). En: *Boletín del Centro de Estudios "Pedro Suárez"*, 27, págs. 257-276.
- NAVARRO REYES, Francisco Bruno, GARRIDO GARCÍA, José Antonio, FERNÁNDEZ ONDOÑO, Emilia (2019). *Cortijos del Conejo y Alabarrán y Cortijo Becerra: Área de Referencia en Investigación sobre gestión del medio natural en el S.E. Ibérico*. Ed. Eug, 2019.
- JIMÉNEZ ROMERO, Cesáreo (2016). *Mil años del agua en Granada: Fuentes, sistemas y organización de las aguas*. Granada, Fundación Agua Granada.
- ORTIZ COLODRO, Rocío (2016) "El norte de Granada en la obra de Rafael Zabaleta. En: *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, 29, págs.243-267.
- RIVASPLATA VARILLAS, Paula Emilia (2018). "Las lavanderas de instituciones hospitalarias en el Antiguo Régimen español. Un caso de estudios". En: *Revista de Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, 38, págs. 161-186.
- RUBIO CAMPOS, Juan, BEAS TORROBA, Javier, LÓPEZ GETA, Juan A., ALCÁIN MARTÍNEZ, Gema [eds.] (2006) *Guía de los manantiales de la provincia de Granada*. Granada, Diputación-Instituto Geológico Minero de España.
- SAAVEDRA SIERRA, José (2014) "El balneario de Graena". En: *Boletín del Centro de Estudios "Pedro Suárez"*, 27, págs. 87-116.
- SARASÚA, Carmen (2003) "El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX". En: *Historia Social*, 45, págs. 53-78.
- VALVERDE SEPÚLVEDA, Joaquín (1956) "Las Aguas Potables, realidad próxima. El problema es un asunto de alto interés nacional". En: *ACCI. Semanario Informativo Gráfico-Literario*. Año II, nº 83, Guadix, 6 de octubre.
- ARCHIVOS Archivo Histórico Municipal y de Protocolos de Guadix [AHMGU] Archivo Histórico Diocesano de Guadix [AHDGU]